

1985

CLARK CARRADOS

1985

Clark Carrados

Depósito Legal: B - 4305 - 1961

Núm. de Registro: 1 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

S

intió que una fuerza poderosa trataba de juntarle el pecho con la espalda. Boqueó angustiosamente, tratando de inhalar aire para sus pulmones que la mano de un gigante quería aplastar. La nuca le dolió hasta parecerle que se le iba a quebrar el espinazo. Quiso levantar un brazo, pero le resultó imposible. Todo él se sentía incapaz de reaccionar contra aquel misterioso poder, contra los innúmeros tentáculos de aquel invisible pulpo que le estrujaba inmisericordiosamente con su espantoso abrazo.

Rojas manchas de color aparecieron ante sus oprimidas pupilas. El corazón hacía esfuerzos inauditos por bombear la sangre a las arterias. Creyó que alguien estaba utilizando una prensa hidráulica para aplastarle el vientre.

Tantas veces había leído aquellos fenómenos en las novelas

futuristas, que de antemano se había sentido ya habituado a ellos. Pero una cosa era leer, pensar o sospechar en lo que podía ocurrirle y otra -y muy diferente- era sentirlo en su propia carne, en sus propios huesos y sangre.

Porque Howard Gregson estaba a bordo de una astronave, la “Around the Moon”, la primera que se enviaba desde la Tierra para circunvalar el satélite, sin aterrizar en él. Era un vuelo exploratorio solamente el que se efectuaba en aquel aparato. Por eso le habían dado el nombre: “Around the Moon”. Alrededor de la Luna. Dar un par de vueltas rodeando el satélite desde unos pocos miles de metros de altura y luego regresar a la Tierra. Después, si aquel vuelo daba resultados satisfactorios -y con esas intenciones se había emprendido- los Estados Unidos enviarían su primera nave sideral a la Luna.

Por ahora tenía que limitarse a explorar, más que el espacio y la superficie del satélite, la nave y sus condiciones de vuelo. Sería un viaje de una docena de días, casi dos semanas en el espacio, la mayor de las aventuras que hasta entonces había corrido persona alguna desde que se iniciara la historia de la humanidad, miles de años atrás.

Los dolores y la opresión cesaron de repente al soltarse el primer cuerpo del cohete. Volvieron apenas un minuto más tarde, cuando el segundo cuerpo inició su combustión. Y esta vez sí que creyó Howard que moría de verdad, mientras su cuerpo era sometido despiadadamente a la acción de dos fuerzas dispares y poderosas: el empuje de los chorros de la nave, oponiéndose al tirón de la gravedad.

Gritó, pero nadie le oyó. O pensó que gritaba, no podía asegurarlo. Quiso revolverse en su litera anti-G, pero pesaban sobre él once gravedades. Incluso en una ocasión creyó sentir que le chasqueaba un hueso.

Finalmente, la “Around the Moon” alcanzó la velocidad de escape, liberándose así de la atracción gravitacional del planeta, y los tormentos cesaron. Howard pudo respirar a pleno pulmón.

Durante unos momentos permaneció aún echado en la litera, tratando de coordinar sus ideas. Se sentía ligero e ingrávido y advirtió que la sangre corría con nuevo empuje por sus venas. Comprendió que era ya un cuerpo sin peso.

Estiró la mano para alcanzar un botón, pero, deshabituado a la falta de gravedad, el brazo le subió más de lo necesario. Después de dos o tres tanteos consiguió pulsar el botón y entonces las correas que le sujetaban a la litera se soltaron automáticamente.

Se puso en pie, pero el esfuerzo resultó un poco violento y se encontró flotando en el aire. Hizo un par de contorsiones sobre sí mismo, mientras reía estúpidamente, con una risa pueril y carente de sentido.

Al fin consiguió agarrarse a un saliente y pudo poner los pies en el suelo. Los discos imantados de las suelas de sus zapatos le mantuvieron en una consoladora postura vertical.

Advirtió, con no poco agrado, que el mareo debido a la falta de costumbre de hallarse en un medio ingrávido era menor que lo que esperaba. Confió en habituarse del todo en un par de días como máximo.

De pronto notó algo raro. El silencio.

Miró en torno a él. No estaba solo. Había una litera junto a la suya y estaba ocupada por su compañero de viaje, Frank Mulligan. Se había decidido que fueran dos en la nave, y él y Mulligan habían sido los elegidos por la suerte, de los numerosos aspirantes entrenados para la expedición. Pero Mulligan no había recobrado aún el sentido.

¿Por qué continuaba desmayado?

Levantando dificultosamente las suelas imantadas, se acercó a la litera. Agarró un brazo de Mulligan y lo sacudió con cierta violencia.

—¡Vamos, Frank! ¡Arriba! ¡Ya estamos en órbita libre! ¡Vamos a echar un vistazo a las estrellas!

Pero Mulligan no le contestó. Howard se inclinó y contempló estupefacto la rara expresión que aparecía en el rostro de su compañero. La palidez de su rostro excepto en los ojos que aparecían completamente enrojecidos, y la boca torcida grotescamente le indicaron que algo grave había sucedido.

—¡Frank! —gritó sin recibir otra respuesta que el silencio más absoluto.

Buscó a tientas la carótida de su compañero. Una sombría expresión apareció en sus facciones. ¡Mulligan estaba muerto!

—¿Cómo es posible? —balbuceó, lívido de espanto—. Era un

hombre fuerte, sano... Tiene que estar vivo... ¡Frank, escucha! —gritó, zarandeándole, como si con aquellos movimientos esperase poder resucitarle.

Al agitar el cuerpo de su amigo ocurrió algo horrible que le puso los pelos de punta. La cabeza se levantó, como si fuese a decirle algo y los labios se abrieron. Unas bolas, perfectamente esféricas de un intenso color escarlata, salieron de la boca del muerto, esparciéndose lentamente en torno a él. En un ambiente de gravedad normal, aquellas esferas rojas hubieran sido lo que comúnmente llaman los novelistas «un hililloo de sangre que brotaba de la comisura de los labios...».

Tragó saliva. No, no soñaba ni padecía una pesadilla. Estaba en el espacio, a bordo de una astronave y en la más absoluta soledad, porque no podía llamarse compañía a la vecindad de un muerto.

Súbitamente algo zumbó a su espalda. Se volvió, apartando dificultosamente su vista del yerto cuerpo de su amigo. Vio oscilar una lucecita amarillenta en el teclado del instrumental de control.

Apretó una tecla y la litera se convirtió al instante en un cómodo sillón. Tomó asiento frente al cuadro de mandos y oprimió varios botones. Las antenas de la radio, del radar y del detector de meteoritos salieron al espacio fuera del casco. Luego dio el contacto a la radio.

Lo primero que oyó fue una terrible descarga de estáticos que le ensordeció. Manejó el selector, eliminando los parásitos. Finalmente, una voz humana penetró en la cabina a través del altoparlante.

—Oiga, oiga, “Around”. Aquí Puesto Central de control. “Around”, ¿me oye? Aquí Puesto Central.

—“Around” al habla. Le oigo perfectamente, Puesto Central.

—¿Cómo va eso? —preguntaron ansiosamente—. ¿Ha salido todo bien? Usted es Gregson, ¿verdad? ¿Y Mulligan?

—Tengo malas noticias para ustedes, Puesto Central. Mulligan ha muerto.

Hubo una corta pausa de silencio. Después algo explotó en el altoparlante.

—¡Qué! ¡Mulligan muerto! ¿Lo ha comprobado usted? Gregson, soy el general Lawton. ¿No estará usted bromeando?

—Éstos no son momentos para bromas, general —contestó

secamente—. Digo que Mulligan ha dejado de vivir y bien muerto está. Desgraciadamente —añadió.

—Me deja usted frío, Gregson. Pero ¿cómo ha podido ser? Mulligan era un hombre joven y fuerte, tanto o más que usted. ¿No ha mirado bien no se trate de un desmayo pasajero?

—El pulso no le late, general. Estoy completamente seguro de su muerte. Quizá su corazón no lo pudo resistir... aunque también sospecho que se le haya roto la columna vertebral por el cuello en el momento de la máxima aceleración. Yo mismo creí que me lo rompían al acelerar tanto, general.

—Está bien —masculló el que hablaba desde la Tierra—. ¡Qué se le va a hacer! Pero no dejará usted de reconocer que es un contratiempo gravísimo, Gregson.

—En efecto, señor, aunque no veo cómo remediarlo. De todas formas, puedo manejar yo solo el cohete. Lo malo sería tener que aterrizar, pero puesto que solamente he de rodear la Luna, la cosa no resulta ya tan difícil. Ahora solicito instrucciones para ver qué he de hacer con el cadáver.

—Muy bien, Gregson. En cuanto a eso, le contestaremos más tarde. Mi opinión es que debería usted lanzarlo al espacio; sin embargo, ya que Mulligan tenía familia, no debemos hacer nada sin consultar antes con ella. Le informaremos más adelante de nuestras indagaciones en ese sentido. Y ahora, pues que salvo ese desdichado accidente que ya no tiene remedio, y las cosas parecen marchar bien a bordo de la “Around”, dejaré el canal de comunicación a los científicos. Tienen muchas ganas de hablar con usted.

Terminó tres horas más tarde, casi completamente exhausto a consecuencia del despiadado interrogatorio que había sufrido por parte de los científicos del Puesto Central. Sentía la boca seca y tenía los nervios a punto de estallar.

—¡Qué gente! —masculló—. Si hacen esto ahora, ¿qué no harán cuando vuelva?

Se fijó en el cadáver del desdichado Mulligan y se estremeció.

—Si es que vuelvo —se corrigió automáticamente.

Pero ya no podía hacer nada por el desdichado. Ahora se debía a sí mismo y a la ciencia. Tenía que hacer todo lo posible por sobrevivir, y lamentándose de la muerte de su compañero y amigo, no conseguiría nada positivo.

Se levantó del sillón y giró a la izquierda, enfrentándose con un liso panel limpio de instrumentos. Pulsó un botón y una puertecita se abrió, dejando ver una serie de latas y envases, conteniendo concentrados de comida y bebidas. Buscó una botella de plástico cuya etiqueta ponía «agua». Quitó la tapa y quedó al descubierto el extremo de una pajita. Sorbió el líquido, calmando así la sed. Luego abrió una lata en la que había varios departamentos con concentrados de carne, fruta, verduras y galletas. Terminó su primera comida en el espacio con unos sorbos de café contenido en un termo capaz de mantener la temperatura durante cuatro semanas. Finalmente, encendió un cigarrillo, alabando mentalmente la previsión de los proyectistas de la nave, que habían añadido un suplemento de oxígeno para este caso, debido a las exigencias de los psicólogos, quienes habían sostenido la utilidad de que los tripulantes fumasen para combatir el hastío y el nerviosismo que forzosamente se apoderaría de ellos en cuanto llevasen unos días de viaje.

De todas formas, pensó, no era por el oxígeno por lo que debía preocuparse. Tenía para él la "ración" de Mulligan, de modo que podía aguantar en el espacio el doble del tiempo calculado, si las cosas se ponían malas, aunque esperaba que no sucediera.

—Por lo menos, no estarán peor que ahora —dijo, pensando en el pobre Mulligan.

Se distrajo durante un buen rato, comprobando el funcionamiento de los instrumentos. Todo marchaba perfectamente. Por aquel lado, pues, no debía sentir temor alguno, únicamente serían doce días de soledad, que trataría de soportar lo mejor posible. Esperaba que todos los malos ratos quedaran reducidos a eso, a la soledad.

De pronto llamó la radio. Era el general.

—Gregson.

—Sí, señor.

—La familia de Mulligan ha dado consentimiento para que arroje su cuerpo al espacio.

—Lo haré enseguida, general.

—Compruebe inmediatamente no se trata de un desmayo. Ya se lo dije antes.

—El cuerpo está completamente frío, señor. No hay error

posible.

—Perfectamente. Hágalo, pues. Y ahora, escuche, tengo que darle una noticia sensacional. Agárrese fuerte.

Howard sonrió.

—Si lo dice porque teme vaya a caerme, le advierto que estoy en un lugar sin gravedad. ¿De qué se trata?

—La Unión Soviética ha lanzado otro cohete, casi al mismo tiempo que nosotros. Nuestros radares detectaron su masa hace unas horas, pero no quisimos decirle nada hasta estar seguros.

—¿Se ha convertido esto en una carrera hacia la Luna? —bromeó el joven.

—Algo por el estilo, Gregson. De todas formas, las observaciones dicen que sus órbitas son casi coincidentes. Es muy probable que tenga usted el aparato ruso a vista de periscopio y pueda apreciarlo así mejor que con los radares.

—¿Cuánto tiempo hace que despegó, señor?

—Nuestros cálculos indican que fue apenas unos minutos después que usted. Pero posee una velocidad ligeramente superior a la de la “Around”, de modo que no tardará en alcanzarle y rebasarle.

Howard meditó unos segundos.

—Se me ocurre una idea, señor.

—Expóngala, Gregson. ¿De qué se trata?

—Verá. Mulligan pesa unos ochenta kilos. Si lo lanzo por la esclusa, tendré así una pequeña reserva de combustible, la cual puedo incrementar, arrojando igualmente su traje espacial y su parte de alimentos y agua. Esto supone casi ciento cincuenta kilos, señor, por lo menos, lo que nos da en conjunto unos doscientos treinta kilos menos de peso total en la astronave.

—Me parece que le entiendo, Gregson, pero no toleraré que se deshaga del agua y de los víveres. Pudiera ocurrirle algo y entonces le sería de mucha utilidad esa reserva de provisiones. Quite solamente los ochenta kilos de Mulligan.

—Bien, señor. Así lo haré.

—Cortamos la comunicación, Gregson. Le llamaremos dentro de cuatro horas. Después de haber lanzado el cuerpo de Mulligan, procure descansar un poco.

—Sí, señor.

Howard pegó en el control de la radio con el dedo índice, permaneciendo luego unos momentos pensativo en la misma posición. Era duro tener que desprenderse así del cuerpo de un amigo, pero no podía conservarlo indefinidamente dentro de la estrecha cabina. Igual hubiera sucedido, se dijo, si el fallecimiento hubiese ocurrido durante un viaje marítimo.

Empezó a vestirse el pesado traje de vacío, un aparato que resultaba inmanejable en la Tierra, donde existía una gravedad normal. Pero allí, sin peso, se manipulaba fácilmente aquel armatoste, aunque, por supuesto, resultaba engorroso embutirse dentro de él.

Ajustó la escafandra, comprobando el suministro de oxígeno. Luego se dirigió a los mandos de ventilación, haciendo absorber el aire de la cámara.

La esclusa de la "Around the Moon" era sencilla. Carecía de compuertas dobles y por tanto de cámara de descompresión. Este papel quedaba reservado a la propia cabina de pilotaje, en la que se debía hacer el vacío para poder salir al espacio. Escrutó los manómetros a través del grueso cristal de cuarzo de la escafandra.

Cuando vio que la presión había descendido a cero, se dirigió hacia la esclusa, no sin antes haberse sujetado al cinturón de la escafandra la cuerda de seguridad. Tenía también las suelas imantadas, pero el espacio no admite bromas sobre este punto. Uno se despega de la nave y si no está atado a ella por el cable de seguridad, es hombre muerto. Sólo vive lo que le dure el oxígeno. Ésta es una de las pocas leyes que no han sido hechas para ser violadas, porque su misma violación lleva implícita la más severa de las penas.

Todo funcionaba a base de botones. Oprimió uno y la puerta de acero empezó a girar lentamente. Algunas hilachas de aire que quedaban escaparon instantáneamente, convertidas en blancos vapores congelados al irrumpir en la cabina el glacial frío del espacio. Gregson quedó en la puerta, fascinado ante el impresionante espectáculo de las estrellas vistas a ojo desnudo.

Pronto reaccionó, sin embargo. Volviendo sobre sus pasos, soltó las correas de seguridad que aún mantenían el cuerpo de Mulligan sobre su litera. La carne se había helado instantáneamente y el cadáver estaba ahora tieso y rígido. Le costó poco sacarlo fuera y lo

empujó suavemente.

—Adiós, amigo —murmuró, viendo flotar lentamente el cuerpo en aquel vacío sin gravedad. Años enteros de dura preparación e intenso entrenamiento se convertían de repente en la nada. El primer hombre muerto en el espacio recibía la sepultura adecuada a su muerte: el espacio mismo.

Permaneció unos minutos hasta que el cadáver de Mulligan se hubo fundido con la negra oscuridad que había entre estrella y estrella. Luego, estremeciéndose ligeramente, miró en torno a él. Sí, ¿por qué no dar un paseíto en torno a la astronave?

Salió fuera. Para hacerlo tuvo que ponerse perpendicular al casco, de modo que el hallarse en aquella posición le costó un ligero mareo. Estaba de repente en pie y un segundo más tarde se hallaba tumbado, con respecto a la cabina. Era una situación bien extraña, a fe.

Caminó como un insecto pegado a un tarro de dulce. Subió hasta la afilada punta del cohete, en donde se veían abiertas las trampillas protectoras de las antenas, las cuales sobresalían al exterior. Las examinó con ojo crítico; su estado era bueno.

Apartó la vista hacia otro lado y entonces vio el cohete ruso.

CAPÍTULO II

E

l cohete ruso estaba, calculó, a unos tres kilómetros o cuatro de distancia, siguiendo una órbita sensiblemente paralela a la suya. Brillaba fríamente bajo la luz de las estrellas y parecía tan inmóvil en el vacío como la “Around the Moon”. Su forma no difería mucho, tampoco, de su nave; bien es verdad que ambos aparatos tenían el mismo objetivo: la conquista del espacio.

Permaneció allí un buen rato, observándolo detenidamente. Calculó su posición, tomando como referencia las estrellas que se veían al otro lado del mismo. Las velocidades parecían ser las mismas. Claro es, se dijo, que una diferencia de pocos kilómetros apenas si podría advertirse. Pero si, habiendo salido unos minutos después que él, ya le había alcanzado, no era aventurado suponer

que pronto sería rebasado.

—En términos hípicos —murmuró para sí— no tardaré mucho en verle la grupa a esa montura.

Rehecho de la sorpresa, volvió sobre sus pasos, llegando a la escotilla en pocos momentos. Penetró en el interior de la nave y cerró la compuerta. Puso en funcionamiento el detector de pérdidas, comprobando que la estanqueidad era absoluta. Entonces abrió la llave de paso del aire.

Estuvo mirando el manómetro hasta que vio la presión correspondiente a una atmósfera. Luego se despojó de la escafandra. La colocó en su sitio y llamó a Puesto Central.

No tardaron mucho en contestarle. Entonces informó:

—Tengo el cohete ruso a la vista. —Había hecho ya los correspondientes cálculos y tenía los datos ante sí—. Nuestras velocidades son similares. La distancia entre los dos es de tres mil ochocientos metros exactamente.

—¿Qué aspecto tiene? —le preguntaron.

Howard manejó el periscopio exterior conectado con una pantalla visora. Graduó la aproximación hasta que tuvo la imagen del cohete ruso ocupando la pantalla por completo.

—Es casi igual que el “Around” —declaró—. Si acaso, las aletas estabilizadoras parecen un poco más grandes y la proa más afilada. El resto es idéntico. ¿Tienen alguna noticia oficial de su lanzamiento?

—Sí. El gobierno ruso acaba de darla, pero sin grandes explicaciones. Según la Agencia Tass, está destinado a circunvalar el satélite con fines de exploración. Añade que hay un solo tripulante a bordo, el capitán T. Smarin…

La comunicación se cortó de repente cuando a través del altavoz irrumpió una enfurecida banda de parásitos radiales, haciendo crujir los oídos del joven. Howard maldijo profusamente, haciendo girar los botones del selector hasta eliminar las interferencias.

—Escuche, Puesto Central, ¿qué diablos sucede?

—Ha sido una descarga de estáticos —fue la respuesta—. ¿Sigue el cohete ruso en su sitio?

Howard lanzó una mirada a la pantalla.

—Ahí está ese maldito —gruñó. Miró los instrumentos—: La velocidad se mantiene. Hablando en términos deportivos, estamos

codo a codo.

La nave no tenía portillas. Era preciso contemplar el espacio a través de los periscopios exteriores, los cuales estaban conectados con sendas pantallas televisoras, que daban una vista completa de cuanto rodeaba al cohete.

—Tendría que lanzar una descarga con los chorros —dijo—. De lo contrario, acabará por pasarme.

—No lo haga —le respondieron—. Ésta no es una competición atlética, sino un viaje por el espacio. Ya ha muerto uno de ustedes dos; al otro lo queremos vivo, ¿entiende?

—Me sobra el combustible correspondiente a ochenta kilos de peso —se lamentó el joven—. ¿Por qué no emplearlo? Hagan que el grupo de cerebros de Puesto Central calcule cuánto puedo consumir con una o varias descargas para equiparar mi velocidad a la de esa nave.

—Haremos como pide, pero queda denegado formalmente el permiso, Gregson.

—¿Qué harán si piso el acelerador? —rió el joven—. ¿Formarme expediente a mi regreso?

—Déjese de bromas. Le llamaremos dentro de cuatro horas. Descanse hasta entonces.

—O. K. —respondió, desconectando la radio.

Volvió a mirar la pantalla y luego al computador de velocidades, conectado con el radar. Observó complacido que el cohete soviético no había adelantado un milímetro.

—Bueno —dijo—, esto parece que marcha. No sé por qué, pero es así y me alegro mucho.

Prendió fuego a un segundo cigarrillo. Al terminarlo, apagó la luz, dejando sólo una pequeña lamparita de alarma y se tendió en la litera. Se durmió casi de golpe, despertándose cuatro horas más tarde al oír sonar el zumbador de la radio.

Volvió la litera a su posición de sillón y conectó enseguida la comunicación. Puesto Central llamaba de nuevo.

—¿Alguna novedad?

—No, ninguna. Todo marcha perfectamente.

—Bien. Los expertos han estado haciendo cálculos y han dicho que no es necesario que suelte usted los chorros para despegarse del cohete ruso.

—¿Por qué?

—En primer lugar, y esto debe usted saberlo o por lo menos haberlo recordado, una vez se alcanza la velocidad de escape, se viaja por inercia con una velocidad que se reduce uniformemente hasta alcanzar el punto cero de gravedad entre los dos astros. Cualquier nave que se lance en idénticas condiciones, volará siempre a la misma velocidad. El cohete ruso ha podido alcanzarle porque, seguramente, fue disparado con mayor impulso, pero ahora vuela a su misma altura por las razones antedichas.

—Pero la distancia a la Tierra es aún muy corta para que no me haya sobrepasado —objetó el joven—. Tendría que estar delante de mí y lo veo —miró la pantalla—, en el mismo sitio, como quinientos metros detrás de la "Around". Es cierto que nuestras velocidades deberían haberse equiparado, pero yo tendría que estar ahora detrás y no él. ¿Qué explicación le dan ustedes a ese fenómeno?

—Muy sencilla. Usted ha deslastrado la "Around" cuando ésta todavía conservaba lo que podríamos llamar el ímpetu inicial, antes de navegar por inercia. Esos ochenta kilos de Mulligan, que ahora faltan en el peso global de la nave, son los que han hecho que ésta gane un ligero aumento de velocidad, manteniendo así la delantera sobre la nave rusa.

—Es cierto —murmuró el joven—. No había dado en ello... —Y de nuevo volvieron los parásitos y las descargas interferentes, cortándole de modo absoluto toda comunicación con Puesto Central.

Manejó furioso el selector, sin conseguir esta vez el menor resultado. Colérico e irritado, acabó por cerrar la radio.

Dejó pasar unas cuantas horas, buena parte de cuyo tiempo lo empleó en observar el cohete ruso. Tomó una somera refacción, acompañada de unos sorbos de té esta vez, después de lo cual intentó comunicar nuevamente con Puesto Central.

Consiguió hablar con los de "abajo". El general Lawton estaba al otro lado del canal de radio.

—Tengo otra noticia para usted —declaró—. En cuanto esté circunvalando la Luna, se encontrará a unos trescientos mil kilómetros del asteroide Hermes...

—¿Hermes? ¿Qué hace ese pedrusco por ahí? —preguntó.

—Parece que está dando su vueltecita habitual en torno a

nuestro planeta. Bueno, es una pasada que sucede cada veintiún años[1]. Trate de observarlo con el telescopio y tómele algunas fotografías si puede. Estará en…

Una vez más volvió a interrumpirse la comunicación. Pero esta vez, a la habitual y ensordecedora descarga de parásitos sucedió un profundo pitido que aturdía los tímpanos del joven. Howard intentó reanudar la comunicación vez tras vez, durante un largo periodo de tiempo, hasta que tuvo que desistir de ello.

Bastante irritado, se tendió a dormir de nuevo, haciéndolo durante tres o cuatro horas. Al establecer de nuevo la comunicación, sólo percibió aquel fastidioso pitido, cuya eliminación le resultó de todo punto imposible.

Doce horas más tarde, es decir, cuando ya había transcurrido un día largo desde su partida de la Tierra, el pitido continuaba sin que diese señales de cesar. Howard empezó a jurar y renegar, cayendo en una especie de ataque de locura que le hizo lamentar no tener a su alcance una vajilla completa para desahogarse rompiéndola pieza por pieza.

Veinticuatro horas después, el odioso pitido proseguía. El joven entonces decidió investigar las antenas y, tras equiparse adecuadamente, salió al exterior. Tres horas de intenso trabajo le demostraron concluyentemente que el mal no procedía de sus propios instrumentos, sino de una fuente exterior cuya procedencia ignoraba por el momento.

Miró hacia abajo y hacia su izquierda. El cohete ruso continuaba en el mismo sitio. Al verlo, una súbita sospecha acudió a su mente.

No lo dudó más. Regresó a la cabina y una vez vuelta ésta a la normalidad atmosférica, se sentó ante los mandos de la radio, poniendo ésta en funcionamiento.

El pitido penetró de nuevo en la astronave. Pero cesó en el acto cuando Howard hubo cambiado el selector de ondas. Dedicó un buen rato a recorrer todas las posibles hasta que, de pronto, una voz humana brotó a través del altavoz.

Howard frunció el ceño. Escuchó atentamente durante unos minutos. Aquella voz hablaba en un idioma que él no conocía, pero que, por sus inflexiones y forma peculiar de pronunciación no dudó en calificar como ruso. Debía de ser el capitán Smarin, seguramente, el que estaba hablando con su base.

Encontró algo raro en aquella voz. No le sonaba muy natural. Pero tampoco podía decir qué era. Sin embargo, estaba resuelto a confirmar sus sospechas, y así, graduando el emisor para aquella longitud de onda, entró en contacto con la nave soviética.

—¡Eh, oye, ruso de los demonios! —le llamó, con un absoluto desprecio de las formas. Esperó.

—¿Todos los americanos son iguales de educados que usted? —contestó el piloto de la otra nave. Hablaba el inglés lentamente, con cierta dificultad, pero se hacía entender bien—. ¿Le importaría presentarse primero?

—No, en absoluto. Pero en estos momentos sobran las presentaciones, capitán Smarin.

—Ah, conoce usted mi nombre —dijo el ruso.

—Sí, me lo han comunicado desde "allá abajo". Sí quiere saber el mío, le diré que soy el teniente coronel Howard Gregson, de la Fuerza Aérea Estadounidense.

—Muy señor mío —contestó el otro burlonamente—. Y ahora que ya nos conocemos, ¿qué es lo que desea de mí?

Howard dijo:

—Solamente saber una cosa. Cuando me lo haya dicho, cortaré la comunicación y entonces puede irse usted al infierno, capitán Smarin.

El ruso contestó:

—Muy bien, señor grosero. ¿De qué se trata?

—Solamente esto: ¿Es usted el que está interfiriendo constantemente mis comunicaciones radiales con la Tierra?

Hubo una corta pausa de silencio. Después llegó la respuesta, lacónica y tajante:

—Sí.

Y acto seguido oyó un seco «¡click!» que indicaba que la comunicación había sido cortada. Howard se quedó estupefacto.

Pero no lo era porque el diálogo hubiese sido interrumpido tan bruscamente, ni tampoco por haber confirmado sus sospechas de que el autor de las interferencias era el piloto ruso, ¡sino porque había averiguado que éste era una mujer!

Se dejó caer en el asiento, falto por completo de respiración.

—¡Madre de Dios! —exclamó, aturdido y fuera de sí—. Ahora comprendo por qué me sonaba tan extraña su voz.

Meditó durante unos segundos.

Rehaciéndose, manipuló frenéticamente en la radio, sin obtener la menor respuesta a sus llamadas, pese a todos los esfuerzos. Al cabo desistió y entonces buscó la longitud de onda de Puesto Central, solamente para encontrarse de nuevo con el maldito pitido.

—¿Por qué? ¿Por qué? —aulló frenético, ciego de cólera. No le importaba ahora la ausencia de comunicaciones, pero si las interferencias continuaban a su regreso, el guiarle por radio sería una cosa problemática, que podía acarrear una catástrofe en el momento del acercamiento a la órbita del planeta o del aterrizaje. Esto sin contar con que no podría transmitir ninguna de sus observaciones, cosa de la cual se aprovecharían indudablemente los rusos.

Trató de serenarse fumando un cigarrillo. Habló consigo mismo, procurando por todos los medios volver a la tranquilidad.

—No te alteres, Ho —así le llamaban sus amigos—. Esto no es ni más ni menos que un episodio de esa condenada «guerra fría». Pero, puesto que ni en el espacio puede hallarse la paz, vamos al menos a ver si sabes combatirle con sus mismas armas a esa rusa.

Inmediatamente se puso a trabajar. Conectó la radio, buscando la longitud de onda de la nave rusa. No tardó en hallarla; el capitán Smarin -¿cómo sería, rubia o morena?- estaba informando a su base.

Entonces manipuló en la radio durante unos momentos. Luego se cruzó de brazos, repantigándose sobre el asiento. Esperó, sonriente.

No tardó mucho en titilar la lámpara de la radio. Conectó la comunicación. La voz del capitán Smarin penetró en la cabina.

—¡Coronel Gregson! —La voz de la rusa sonaba furiosa e irritada y venía por otro canal distinto, libre de parásitos.

Gregson estaba satisfecho.

—Sólo teniente coronel —sonrió el joven—. ¿Le sucede algo, mi querido capitán Smarin?

La muchacha exclamó:

—Deje de interferir mis comunicaciones radiales. Necesito hablar con mi base.

—¿No cree que yo podría pedir lo mismo que usted, capitán? Estamos en paz. Adiós —y cortó bruscamente.

Encendió un cigarrillo, mientras esperaba. No tardó mucho en

volver a ver brillar la luz roja en su cuadro de mandos.

—Coronel Gregson —dijo la rusa. Su voz era ahora menos orgullosa.

Gregson interrogó:

—¿Sí, capitán?

La rusa pidió:

—Desconecte el interferidor. Quiero hablar con la Tierra.

Gregson preguntó:

—¿Me promete usted hacer lo mismo con su aparatito?

La rusa vaciló perceptiblemente. Howard se echó a reír.

—Vamos, ¿es que teme usted quebrantar las órdenes recibidas? —rió el joven.

—Está bien —dijo ella al cabo, de mala gana—. Lo haré.

El joven rió.

—Hola, de modo que firmamos un armisticio, ¿eh...?

—Sí —La respuesta salía forzadísima, a juzgar por el tono de la rusa.

—Conforme. Desconectaré el interferidor, pero usted hará lo mismo con el suyo. En el momento en que oiga sonar en mi cabina ese horrendo pitido, suspenderé sus comunicaciones.

La rusa asistió:

—De acuerdo. Hágalo, coronel.

—Gracias, por su empeño en ascenderme. Antes, sin embargo, quiero saber dos cosas. No tema, no creo que se lo hayan prohibido decirlo.

—Bien, bien. Dese prisa. ¿De qué se trata?

—Una, su nombre. ¿Qué significa esa T delante del apellido?

—Tatiana —respondió ella—. ¿Cuál es la otra cosa que quiere saber?

—Tatiana —repitió él—. El nombre es bonito. Me gusta, palabra. ¿Cómo se llama su nave?

—“Oktubrskaia Revolutia”.

—¡Válgame el cielo con estos rusos! Qué manera de estropear las cosas poniéndoles nombres raros. “Revolución de Octubre”. ¿No hubiera quedado más bonito llamándola “Princesa Tatiana” o cosa por el estilo?

—No, y el nombre no se lo he puesto yo, coronel Gregson —dijo ella secamente—. Haga el favor de cortar la interferencia; ya he

contestado a lo que quería saber.

—Todavía me he olvidado algunas cosas en el tintero, por favor. Soy terriblemente curioso, ¿sabe?

—Y terriblemente impertinente también —declaró ella exasperada—. Hicimos un acuerdo. Yo cumplí mi parte. ¿Por qué no hace usted lo mismo?

Howard se echó a reír.

—Es que, verá, encuentro la mar de divertido esto de hablar en el espacio con una mujer, a unas cuantas decenas de miles de kilómetros de la Tierra. ¿No le sucede a usted lo mismo, Tatiana? ¿O prefiere que la llame Taty?

—Prefiero que me devuelva la comunicación, señor grosero. Y si no lo hace en el acto, cortaré este canal y no volveré a hablarle más, ¿estamos?

Howard se alarmó.

—Eh, oiga, eso sí que no, Tatiana; no me deje en la estacada. Todavía nos quedan diez días y pico antes de volver a nuestro planeta. ¿No le parece que si charlamos de cuando en cuando nuestro viaje será menos aburrido?

—Quizá —contestó ella con voz poco segura—. Bien, haga esas preguntas ya de una vez. Estoy esperándole.

—Gracias, Tatiana. Oiga, ¿de qué color son sus ojos?

A través de las ondas, Howard pudo escuchar un respingo. Después llegó la contestación.

—Azules.

—¿Y el cabello?

—Rubio. ¿Algo más, señor curioso?

—Le preguntaría los años, Tatiana, pero ya se sabe, las damas no tienen edad. Bueno, voy a cortar la interferencia. ¿Le parece bien que la llame dentro de dos horas?

—Conforme —repuso ella tras ligero titubeo, y cortó.

Entonces Howard buscó la longitud de onda de Puesto Central y trató de ponerse en comunicación con el mismo, pero no lo consiguió.

CAPÍTULO III

Coronel Gregson! —la voz de Tatiana Smarin sonaba llena de irritación—. ¡Haga el favor de cortar su interferencia! Se lo pido por centésima vez desde hace casi diez horas.

—Y yo le repito lo mismo desde hace diez horas también: no interfiero sus comunicaciones, en contra de lo que usted me hace. ¿Por qué no se atreve a ser franca y leal y decir de una vez la verdad de las cosas? ¿Es que nuestros convenios han de ser forzosamente unilaterales?

Tatiana calló unos segundos, luego dijo:

—Entonces, si no es usted, no lo comprendo. Mis equipos de radio están en perfecto estado.

Gregson exclamó:

—Lo mismo sucede con los míos. No tengo la menor señal de avería y, sin embargo, no puedo comunicar con la Tierra.

—¿A qué distancia estamos del planeta? Mírelo en sus indicadores, ¿quiere?

—Ciento sesenta y cuatro mil quinientos veintidós kilómetros, Tatiana.

—Correcto —contestó ella con acento que parecía meditabundo. Luego añadió—: ¿No se le ocurre a usted nada para justificar esta común interrupción de nuestras comunicaciones?

—No, en absoluto. La superficie del sol es normal, no hay manchas ni radiación excesiva que pueda producir perturbaciones en las ondas radiales. Podría ocurrir que uno de los equipos de radio estuviese averiado, sin saberlo el que lo maneja, pero los dos, resulta ya excesivo, ¿no cree?

—Por supuesto, coronel.

—Llámeme Ho, Tatiana, como hacen los amigos. ¿No le parece a usted que, en las actuales circunstancias, debemos serlo nosotros?

—Por supuesto, Ho. Y ahora, ¿querría abrirme, si no le importa?

Howard estuvo a punto de caerse de espaldas al escuchar las últimas palabras de la rusa.

—¡Quéee…! —aulló—. ¿Cómo dice? ¡Repítalo, por favor!

Tatiana exclamó:

—Le he pedido que me abra, Ho. Estoy fuera, en el espacio, junto a la compuerta de su cohete. He venido desde el mío usando mi reactor individual.

—¡Madre de Dios! —exclamó el joven aturdido—. ¡Venir hasta aquí! Está bien —dijo, tratando de rehacerse—. Aguarde un momento a que me ponga la escafandra. Mi nave no tiene esclusa, ¿sabe?

—Conforme —contestó ella.

Howard se puso la escafandra a toda velocidad, terriblemente nervioso por el insólito incidente. Después, realizó las operaciones acostumbradas y abrió la escotilla.

Una silueta, grande y pesada, apareció en la puerta, recortándose contra el estrellado telón de fondo del espacio. Tatiana se retorció un poco para entrar -la escotilla no era excesivamente grande- y finalmente acabó por pasar a la cabina.

Entonces, Howard restableció la presión normal, una vez hubo cerrado la compuerta. Se despojó del casco, quedando con el resto de la escafandra.

El traje de vacío ruso era un poco diferente: estaba construido todo en una pieza, de modo que Tatiana salió de su interior de un solo golpe. Lo único que tenía desmontable eran los depósitos de oxígeno y el propulsor individual. Howard la ayudó a despojarse de un traje tan embarazoso y luego se la quedó mirando.

Tatiana era de buena estatura y vestía una especie de traje de punto azul oscuro de una sola pieza, que moldeaba deliciosamente sus formas jóvenes y rotundas. Los ojos, efectivamente, eran azules, y el cabello, de un rubio dorado resplandeciente, lo tenía cortado de una manera casi masculina. Se comprendía; era preciso meter la cabeza dentro del casco y éste no permitía muchos adornos en la cabeza. No era estrictamente una belleza en toda la extensión de la palabra, pero su cara resultaba agradable de mirar.

Ella sonrió, mientras alargaba su mano.

—Me alegro de saludarle, Ho —dijo.

—Yo “sí” que me alegro de conocerla, Tatiana —dijo él sinceramente. Calculó la edad de la muchacha en unos veintisiete o veintiocho años. «Cuatro o cinco menos que yo», se dijo—. Bueno, vamos a tomar un poco de café para celebrarlo.

—Gracias —contestó ella—. Es usted muy amable...

Luego encendieron un cigarrillo y empezaron a hablar del extraño fenómeno que les sucedía, para el cual no encontraron ninguna explicación posible.

—¿Qué haremos, pues, ahora? —exclamó ella, cuando hubieron agotado todas las explicaciones posibles.

—Nada. No hay sino insistir e insistir continuamente, hasta ver si en algún momento podemos hablar con la Tierra. Mientras tanto, no nos queda otro remedio que continuar el viaje. Quizá en el espacio y a esta distancia ocurra algún fenómeno raro que impida la transmisión de las ondas radiales…

—No lo creo —respondió ella—. ¿Y las emisiones radiotelescópicas? ¿Y los contactos por radar con la Luna?

—En el próximo cohete, que envíen especialistas —refunfuñó el joven—. Yo sé montar y desmontar un transmisor, pero si ocurre alguna cosa rara, no la arreglaré. Y si esto no es raro…

—Se me ocurre una idea —dijo ella de pronto.

—Explíquese. ¿Qué es?

—Estoy segura de que Monte Palomar está siguiendo el curso de su nave por el telescopio de doscientas pulgadas. ¿No podríamos instalar fuera un reflector, enfocado hacia los Estados Unidos, y transmitir en Morse lo que nos está ocurriendo? Yo haría lo mismo con el observatorio de Iaman-Tau. Nosotros no los vemos, pero ellos a nosotros sí; los telescopios son lo suficientemente poderosos para captar los destellos de nuestras lámparas.

Howard se frotó la mandíbula.

—Es una empresa un poco peliaguda —dijo—. Las lámparas que tengo yo a bordo no son muy potentes.

—Monte Palomar tiene potencia suficiente para verle encender a usted un cigarrillo —contestó ella tajantemente— Y en Iaman-Tau sucede lo mismo.

—Ése es un observatorio nuevo, ¿eh? —dijo Howard distraídamente.

—Sí —contestó ella—. Lo montaron el año pasado. Está en los Urales meridionales, en la cima del mismo nombre, a 1638 metros de altitud. Su espejo reflector mide —exclamó Tatiana con orgullo — un metro más que el de Monte Palomar.

—Mil seiscientos treinta y ocho metros de altitud —exclamó él meditabundo—. Eso equivale a 5.372 pies… pero no importa ahora. El caso es intentarlo. Sí, es una buena idea, Tatiana.

Ella se puso en pie.

—Volveré inmediatamente a mi nave —dijo—. Mantendremos el

enlace por radio. Resulta extraño que podamos hablar entre nosotros, pero no con la Tierra, ¿verdad?

Howard asintió. Luego dijo:

—A propósito, ¿ha sido usted informada de la vecindad del planetoide Hermes?

Ella frunció el ceño.

—¿Hermes? ¿Un planetoide? No, no me han dicho nada. ¿Qué sucede?

—Dentro de unos dos días lo tendremos a trescientos mil kilómetros de distancia. Es un pedrusco de pequeño diámetro, unos diez kilómetros, quizá menos.

—No tiene masa como para influenciar nuestras naves, Ho. No es necesario que nos preocupemos por él.

—De acuerdo. Bien, la ayudaré a vestirse de nuevo.

De pronto, Howard se echó a reír. Ella le miró extrañada.

—¿De qué se ríe? —inquirió.

—De lo que nos está pasando. Si alguien me hubiese dicho que iba a celebrar en el espacio un picnic con una chica tan guapa como usted, me habría reído en sus narices.

Ella se puso encarnada, pero no dijo nada. Terminó de vestirse y entonces lo hizo Howard, refunfuñando acerca de la incomodidad que suponía tener que realizar aquella operación cada vez que se precisaba abrir y cerrar la compuerta.

Una vez se hubo ido la muchacha, Howard volvió al interior, empezando a preparar todo lo necesario para comunicarse visualmente con el planeta. Pero no pudo avanzar mucho tiempo en su labor.

La radio empezó a llamarle inesperadamente.

—¡Howard, Howard!

El joven se alarmó. El acento de la muchacha parecía estar lleno de angustia.

—¡Tatiana! ¿Qué le sucede?

—Un meteorito —contestó ella—. Perforó el casco de la nave y ha destrozado algunos instrumentos y controles, entre ellos, el de cierre de la compuerta. Esto, sin contar con que no puedo establecer la estanqueidad en el interior de mi nave.

—Diablos —masculló él a media voz—. Éste sí que es un contratiempo inesperado. ¿Ha visto el agujero?

—Sí. Mide unos tres centímetros de diámetro. Es demasiado grande para poder cerrarlo sin instrumental adecuado. Además, aunque lo consiguiera, está el problema de la compuerta, Ho. ¿Cómo me las arreglo para permanecer vestida con la escafandra durante todo el tiempo que dure el viaje?

Howard se mordió los labios. Pero no tardó en hallar la solución.

—Véngase para acá —dijo—. Abandone todo e instálese en mi nave.

—¡Abandonar el cohete! —exclamó ella.

—No le queda otro remedio, Tatiana. Como ha dicho antes, le es imposible permanecer en el vacío los diez días que nos quedan de viaje. Intentaremos, en todo caso, reparar la avería, pero siempre queda el recurso de regresar conmigo a la Tierra. —Y como advirtiera las dudas y vacilaciones de la muchacha, añadió—: Usted no tiene la culpa de lo que sucede. Esto es un imponderable contra el cual no cabe recurso alguno.

—Está bien —dijo ella al cabo—. Iré. Si le parece, llevaré una lámpara muy potente que tengo aquí. Me la hicieron traer en previsión de una posible avería en el sistema de comunicaciones radiales.

—Ustedes no dejan nada al azar —se admiró el joven—. ¿Qué potencia tiene esa lámpara?

Tatiana se lo dijo. Howard lanzó un silbido.

—Demonios. Con solamente decir “Hola, Joe”, me va a dejar sin energía. Ustedes los rusos hacen todo a lo grande, ¿eh?

—Déjese de sarcasmos —suplicó la muchacha—. La situación no es como para echarse a reír.

—Dispense —contestó él, contrito—. Oiga, se me acaba de ocurrir una idea. Puesto que su nave está inservible...

—Sólo momentáneamente, Ho —protestó Tatiana.

—Bueno, da lo mismo. Haga una cosa. Lance unas descargas con los chorros y acérquese a la mía lo más posible. De esta forma podemos utilizar la energía de su cohete, sin detrimento de la del mío, ¿no le parece?

—Es una buena idea, Ho —concordó ella—. Lo haré así. No corte la comunicación, por favor.

—De acuerdo —contestó el joven, conectando los periscopios a las pantallas.

Se sentó ante la mesa de control, observando ansiosamente las maniobras de la nave rusa, al mismo tiempo que se disponía a ejecutar él las necesarias para esquivar un posible encontronazo, por si a Tatiana se le iba la mano en las descargas. Pero no fue así, ya que la muchacha resultó ser un piloto formidable, que acabó situando su cohete a menos de cincuenta metros de la “Around”.

Entonces, Howard, que ya estaba dispuesto, salió a su encuentro, ayudándola a volver a su nave y a transportar la lámpara, cuyo tamaño resultaba enorme. Una vez dentro, discutieron los pormenores de la operación, después de lo cual se dirigieron nuevamente al exterior, con el fin de instalar la lámpara y dirigir potentísimos destellos hacia la Tierra.

—Tendremos que manejarla desde aquí fuera —dijo Tatiana, haciendo las últimas conexiones. El cable que suministraba la corriente a la lámpara flotaba laciamente en el espacio, conectado a la planta de fuerza eléctrica de la “Oktubrskaia Revolutia”.

—No nos faltan ya más que las banderitas de señales —rezongó Howard amargamente—. ¡Bonita situación!

—¿Tan mal se encuentra usted a mi lado? —preguntó ella, picada en su amor propio, reaccionando como toda mujer.

—Oh, no; no es eso —replicó el joven vivamente—. Quería referirme a la interrupción de nuestras comunicaciones radiales. En cuanto vuelva a la Tierra, me van a oír esos presumidos ingenieros, palabra. ¿Y usted?

Ella hizo un gesto ambiguo, que no significaba nada y lo decía todo. Howard sonrió entre dientes y la ayudó a montar el interruptor que haría funcionar la lámpara de modo intermitente.

—Bien —dijo Tatiana cuando todo estuvo terminado—, y ahora enviaremos el primer mensaje hacia la Tierra y quiera Dios que lo recojan. De lo contrario…

—De lo contrario, tendrán que aguardarse hasta nuestro regreso —farfulló el joven.

Tatiana ya no le contestó; estaba muy ocupada emitiendo un mensaje en el que daba cuenta de la situación tan apurada en que se encontraban.

CAPÍTULO IV

El general Lawton estaba paseándose por su despacho dándose a todos los diablos. No sólo habían sufrido graves interferencias las comunicaciones con el cohete, sino que últimamente habían cesado del todo. Desde el último contacto habían transcurrido ya más de diez horas, sin que se supiese nada del único tripulante de la “Around the Moon”.

El general Lawton pensaba furiosamente, tratando de modo imaginativo de hallar las causas de aquel silencio. Pertenecía al Cuerpo de Ingenieros y era un técnico estupendo, de modo que pocas cosas había en mecánica que tuviesen secretos para él. Había revisado en persona las instalaciones transmisoras del cohete y sabía se hallaban en perfecto estado. ¿Por qué, pues, aquel silencio tan tenso y obstinado?

Sonó el zumbador del intercomunicador. Lawton levantó la palanquita.

Preguntó:

—¿Sí? ¿Alguna noticia?

—Nuestro radar continúa manteniendo contacto con la nave, señor.

—¿Qué dice Monte Palomar?

—La tiene en visión, pero nada más.

—Ese... Gregson. Podía hacer alguna señal visual —masculló el general, irritadísimo.

—¿Y cómo, señor? Carece de medios para ello.

—Pues que use la cabeza. ¿Para qué la tiene encima de los hombros?

—Sí, señor —contestó el ayudante, y cortó la comunicación.

Lawton volvió a sus frenéticos paseos. Siguió así durante media hora, al cabo de la cual llamó de nuevo su ayudante.

—Señor, noticias del cohete.

—Hable, pronto —exclamó Lawton ansiosamente.

—Le pasaré a Monte Palomar, señor. El jefe del observatorio desea hablarle personalmente. Por la línea dos, señor.

—Gracias. Pronto, pronto, deme la comunicación.

Lawton cerró el intercomunicador y tomó uno de los numerosos

teléfonos que había sobre su mesa.

—General Lawton al habla —dijo.

—John Clarkson, general, de Monte Palomar. Por fin tenemos noticias del cohete.

—¿Sigue vivo todavía Gregson?

—Sí. Verá, general. La comunicación que hemos establecido con el cohete ha sido por medios visuales. Por lo visto, ha instalado una lámpara en el exterior de la nave y transmite en Morse. Dice que los aparatos de radio están perfectamente, pero que no alcanza a comprender por qué no transmiten ni reciben los mensajes de Puesto Central.

—Lo mismo nos sucede a nosotros —gruñó Lawton—. Siga, siga, Clarkson.

—En la "Around" todo marcha bien —continuó el astrónomo—. Excepto una cosa, que tampoco quiere indicar que haya más estropicios. Gregson tiene un huésped, el tripulante de la nave rusa "Ok... Ok...", bueno un nombre de todos los demonios.

—¡El tripulante... de la... nave... rusa! —balbució Lawton, estupefacto.

—Así es, general. El cohete soviético sufrió el impacto de un meteorito de unos tres centímetros, que le ha perforado el casco, rompiendo la estanqueidad, además de estropearle unos cuantos instrumentos y mecanismos, entre ellos el de cierre y apertura de la compuerta externa. Gregson ruega se participe la noticia al gobierno soviético, a pesar de que también le han enviado un mensaje similar por mediación del observatorio de Iaman-Tau.

Lawton exclamó:

—Perfectamente, lo haremos así. ¿Qué más hay, Clarkson?

—Nada, excepto que Gregson pide que se haga desde aquí alguna señal indicadora de que se ha recibido su mensaje.

—Bien, trataremos de hacerlo. Gracias, Clarkson. Sigan observando a la nave y téngame al corriente de cualquier cosa que suceda en ella.

—Lo veo un poco difícil, general —contestó el astrónomo con una risita—. Además, sería indiscreto.

—¿Indiscreto? No le entiendo, Clarkson —gruñó Lawton.

—El tripulante ruso es una mujer. Joven y no mal parecida, según Gregson. Gregson añade que, en medio de todo lo malo, la

cosa podía haber resultado aun peor.

El general cortó la comunicación, sumamente pensativo ¡Una mujer a bordo de la "Around"! Pero no se entretuvo mucho en meditar; Lawton era hombre de acción e iniciativas y no se estaba nunca parado por pocos motivos que tuviese para moverse.

Llamó a su ayudante.

—Póngame con el coronel Vinero —dijo—. Pronto.

—Sí, señor.

Vinero era el jefe del regimiento de cohetes que protegía la base de lanzamiento. No tardó mucho en responder a la llamada del general.

Lawton dijo:

—Necesito que aliste usted tres cohetes supraestratosféricos, graduando la explosión de su cabeza para los ciento cincuenta kilómetros de altura. Los tres cohetes serán disparados con un intervalo de diez minutos cada uno, teniendo dos en reserva, por si fallara alguno.

Vinero dijo:

—General, ¿he de entender que usted desea que los cohetes hagan explosión a los ciento cincuenta kilómetros?

—No le estoy hablando en chino, Vinero —masculló Lawton secamente.

—Lo sé, señor. Pero también, si me es factible decirle, quisiera recordarle que está prohibido hacer estallar cohetes con cabeza atómica...

—¿Y quién dice que han de ser de cabeza nuclear? Déjeme seguir hablando, ¿quiere? Ha de sustituir el explosivo atómico por una carga de cien kilos de magnesio en polvo. No necesitamos hacer daño, sino solamente luz. Eso es fácil de hacer, Vinero, no me diga usted que no. Todo lo que se necesita, además de la carga de magnesio en polvo, es una espoleta de gravedad...

—Sé cómo se hacen esas cosas, señor —contestó el coronel bastante ofendido—. Mis expertos prepararán los cohetes lo antes posible, pero necesito que usted me ayude a conseguir la media tonelada de magnesio. Del resto me encargo yo. Por cierto, ¿cuándo quiere usted que disparemos los cohetes?

Lawton consultó su reloj.

—Ahora son las diez de la mañana —dijo—. Por lo tanto, desde

la “Around” ven iluminado este hemisferio. Tenemos que hacerlo a la noche. ¿Tendrá suficiente con doce horas, coronel?

—Lo intentaré, señor.

Lawton colgó el teléfono. Meditó unos instantes y luego empezó a impartir, a través de los transmisores, una frenética serie de órdenes que estuvo a punto de causar la locura a sus ayudantes.

* * *

Mientras tanto, en el interior de la “Around”, Howard y Tatiana charlaban tranquilamente, convencidos ya de que nada podía hacerse para establecer las comunicaciones radiales con la Tierra. Habían descansado unas horas por turno, y mientras uno dormía, el otro vigilaba atentamente los detectores y pantallas, con el fin de captar cualquier señal que pudiera hacérseles desde el planeta.

Después de haber comido un poco, tomaron café. Saboreando un cigarrillo, empezaron a hablar, principiando, naturalmente, por comentar su situación y pasando luego a discutir la calidad de los equipos de ambas naves. Habían decidido enviar un nuevo mensaje doce horas más tarde después del primero y ya faltaba poco para salir al exterior y utilizar nuevamente la lámpara que les había servido para comunicar su situación al planeta.

Mientras charlaban, Howard tenía la vista fija en una de las pantallas de televisión que tenía frente a sí. La Tierra, cuyo tamaño disminuía lentamente, aparecía como un cuarto de naranja muy brillante. El hemisferio occidental aparecía sumido en las sombras en tanto que, a partir de las Azores, aproximadamente, el resto del planeta aparecía bañado en la luz del sol.

Súbitamente, los ojos de Howard captaron un brillante chispazo en la parte oscura del planeta.

Sin poder contenerse, cogió a la muchacha por el brazo.

—¡Mire, Tatiana!

—¿Qué sucede? —inquirió ella.

—He visto algo… un fogonazo muy grande en la parte oscurecida.

—¿Está seguro? —exclamó la muchacha con ansiosa expresión.

—Desde luego. Mire, ahí se ve Nueva York, ese conjunto de luz que brilla no lejos de la divisoria entre la luz y las sombras. Es un destello continuo, no intermitente.

Tatiana se mordió el labio inferior.

—Si es cierto lo del chispazo, eso quiere decir que tratan de ponerse en comunicación con nosotros por medio de la explosión de algún cohete fuera de la atmósfera.

—Claro —exclamó Howard—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí?

—Y entonces —siguió ella, meditabunda—, no se conformarán con lanzar un cohete, sino que enviarán más. Esperemos aún unos momentos, Ho.

El joven asintió. Nueve minutos más tarde, el chispazo se repitió. Tan violento fue, que durante el medio segundo que brilló la llamarada, pudo verse un reflejo de su resplandor sobre el suelo del planeta.

—Ahora no me cabe la menor duda de que esto es una respuesta a nuestro mensaje —dijo Howard, muy excitado—. Vamos a vestirnos, Tatiana. Les enviaremos otra comunicación.

—De acuerdo —accedió la muchacha.

Mientras se equipaban para salir al espacio, Howard vigilaba incesantemente las pantallas. En el momento de ponerse el casco, vio brillar un tercer fogonazo.

—Buena gente —dijo—. Saben nuestro apuro y quieren decírnoslo.

—Pero no olvide que no pueden hacer nada por nosotros —dijo ella sentenciosamente—. Si ocurre algo, hemos de ser nosotros dos los que solucionemos el asunto.

—¡Hum! —masculló el joven por toda respuesta, encasquetándose la escafandra.

* * *

Dos días más tarde se hallaban ya a la altura del satélite, circunvalándolo por el lado oeste, desde una altura de varios miles de kilómetros.

Accidentes geográficos selenitas, conocidos solamente a través de los mapas y fotografías, desfilaron ante sus extasiados ojos. El Océano de las Tempestades, el Mar de los Humores, los Cárpatos, los Apeninos, el Mar del Frío, el gigantesco cráter Platón, el Mar de las Lluvias, con el Golfo de los Iris, todos estos lugares y muchos más fueron avistados por los dos viajeros a través de las pantallas primero y directamente después, desde el exterior de la nave, donde la observación visual resultaba mucho más perfecta.

Las dos naves empezaron a rodear la Luna. Howard advirtió que pronto estarían al otro lado, sobre la cara del satélite que nunca había sido vista por ser humano alguno. La interposición de la Luna eclipsaría momentáneamente la Tierra y mientras estuviesen tras el satélite, no podrían establecer de modo alguno la comunicación.

Dispusieron nuevamente la lámpara y Howard envió el mensaje.

Al concluir dijo que volverían a llamar doce horas más tarde, que era el tiempo que había calculado duraría su «eclipse». Pidió el lanzamiento de nuevos cohetes como signo de reconocimiento, hecho lo cual sugirió a la muchacha el regreso al interior de la nave.

Tatiana se resistió.

—¿Por qué? —preguntó él, intrigado.

—Tengo instalada a bordo de mi nave una bomba luminosa para iluminar la cara opuesta del satélite y poder tomar así unas vistas cinematográficas. Me gustaría usarlas, aparte de que, naturalmente, es mi obligación.

Howard hizo un pequeño cálculo.

—Muy bien —accedió—. De todas formas, usted lanzará la bomba cuando nos encontremos exactamente sobre el centro de la cara opuesta de la Tierra. Esto sucederá dentro de unas seis horas, de modo que no es necesario que esperemos fuera todo ese tiempo.

—De acuerdo —dijo la muchacha, y los dos juntos emprendieron nuevamente el regreso.

Una vez en el interior de la nave, Howard dijo que se sentía fatigado y que deseaba descansar un poco. Tatiana contestó que ella vigilaría, en vista de lo cual el joven se tendió en su litera, quedándose dormido a los pocos momentos.

Cuando se despertó, lo hizo con cierto sobresalto, sin que pudiese de momento achacar a nada razonable su desasosiego. Prendió fuego a un cigarrillo y manejó el mando de transformación de la litera, convirtiéndola en sillón. Nervioso e inquieto, miró en torno a él.

Tatiana estaba a su lado, dormida apaciblemente, con la cabeza reclinada en el respaldo de su sillón. Howard la observó durante unos momentos, viendo el rítmico subir y bajar de su esbelto seno. Un mechón de rubios cabellos le caía sobre la frente, confiriendo un particular encanto al agraciado rostro de la muchacha.

Permaneció unos momentos en la misma posición, fumando en silencio. Luego consultó su reloj y lanzó un tenue silbido.

—¡Casi cinco horas! —exclamó, dando un bote en su asiento.

Tocó en el hombro de la muchacha. Tatiana se despertó igualmente sobresaltada. Luego ella se frotó los ojos.

—Dispénseme —dijo—. Pero me acometió un sueño invencible y…

—Bah, no se preocupe, no tiene la mayor importancia. ¿Nos vestimos?

—Sí, claro.

Mientras se equipaban, Howard preguntó:

—Encuentro muy extraño que fuese usted la elegida para este viaje alrededor de la luna, Tatiana.

—¿Por qué? Éramos varios los astronautas entrenados para el vuelo y había más mujeres. Todos dimos, varones y hembras, un resultado análogo en los «tests» y pruebas de entrenamiento, de modo que sólo fue necesario recurrir al sorteo. Saqué la bola negra —concluyó ella con cierto humorismo.

—¿Está segura de que era negra la bola, Tatiana? —sonrió él.

La muchacha sonrió también, pero no contestó. Terminó de equiparse y luego se dirigió hacia la compuerta.

—Un momento —dijo Howard a través de los transmisores de las escafandras—. ¿Es que vamos a salir sin comprobar antes nuestra posición?

—Tiene razón —concordó la muchacha.

Howard conectó las pantallas. Y entonces, un grito unánime de asombro y estupefacción se escapó de los labios de ambos jóvenes.

* * *

El general Lawton movió la palanquita del interruptor del intercomunicador.

—Daisy —dijo—, póngame con Monte Palomar. Pida también, mientras tanto, comunicación con Iaman-Tau.

—Sí, señor.

Palomar no tardó mucho en contestar.

—Hola, general —dijo Clarkson.

—¿Alguna noticia de los viajeros?

—No, por ahora. Pero no tardarán en surgir por el lado este de la Luna.

—¿Cuándo será eso, Clarkson?

—Dentro de… exactamente dieciséis minutos y doce segundos, general.

—Está bien. Oiga, Clarkson.

—¿Sí, general?

—¿Cree usted que habrán visto nuestras señales de magnesio?

Clarkson se echó a reír.

—Si yo estuviese en el pellejo de Gregson y de la rusa, me pasaría el tiempo mirando hacia a la Tierra; esto es algo tan lógico como la noche después del día. Y luego, mire, cien kilos de magnesio son mucho magnesio. ¡Cielos, si todavía estoy deslumbrado por el fogonazo!

—Está bien, Clarkson —contestó el general—. No deje de comunicarme la menor novedad en cuanto sepa algo.

—Así lo haré, general. Hasta luego.

Al terminar, le dieron la comunicación pedida con los Urales. Habló con el director del observatorio de Iaman-Tau, el doctor Yurin, un sujeto simpático y locuaz, con el que estuvo conversando acerca de las posibilidades de divisar los mensajes transmitidos desde la “Around the Moon” y de otros temas similares. Cuando se quiso dar cuenta, ya había transcurrido con exceso el tiempo señalado por Clarkson.

Se despidió de Yurin y volvió a pedir comunicación con Palomar. En lugar de Clarkson se puso al teléfono su ayudante Bonner.

—El profesor está ocupado, general. ¿Desea algo?

—No, simplemente saber qué ha sido del cohete. ¿Tardará mucho en ponerse al aparato?

—Haré que le llame así que haya concluido, general.

—Gracias —dijo Lawton y cerró.

Pasaron los minutos y se convirtieron en cuartos y medias horas y hasta dos horas antes de que Clarkson pusiera en funcionamiento su teléfono. Al oír el timbre del suyo, Lawton se agarró al aparato como un náufrago a la tabla salvadora.

—¡Clarkson! —aulló—. ¿Qué diablos sucede que ha tardado tanto en comunicarse conmigo?

—General —dijo el astrónomo—, tengo malas noticias para usted.

—¡Qué! —chilló Lawton—. ¿Les ha sucedido algo?

—No lo sabemos aún con exactitud, pero podemos anticiparle que sólo una nave ha surgido por el lado este del satélite. Iban las dos juntas, se veían perfectamente a través del telescopio, pero en el momento de aparecer, sólo lo ha hecho una de ellas. Lamentablemente —concluyó Clarkson—, no podemos establecer cuál de las dos es la que se ve a través del telescopio. Lo siento, general; le tendremos informado de lo que vaya sucediendo.

Lawton se desmayó como una damisela remilgada del siglo pasado. La cosa no era para menos.

CAPÍTULO V

S

e encontraban Howard y Tatiana fuera, en la cúspide del cohete, mirando hacia la Luna, terriblemente estupefactos e intrigados por lo que les estaba sucediendo.

La “Oktubrskaia Revolutia” había desaparecido por completo, como si jamás hubiera existido. Esto, en primer lugar. En segundo, el satélite se hallaba ahora a una distancia de más de cien mil kilómetros.

—No puede ser, no puede ser —repetía Howard, una vez y otra, enormemente desconcertado por lo que sucedía.

El disco de la Luna era todavía lo suficientemente grande como para ocultarles la Tierra por completo, de modo que resultaba imposible fueran vistos desde el planeta. Sin embargo, este problema era secundario, dada la magnitud de los otros dos, en especial el de su alejamiento del satélite.

Howard miró a la muchacha inquisitivamente.

—¿Ha manejado usted los chorros de la “Around”? —preguntó

—En absoluto. No he tocado ningún instrumento de a bordo —respondió ella—. Estuve mirando todo el rato las pantallas, hasta que me dormí. No supe nada hasta que usted me lo dijo, Ho.

—No comprendo cómo hemos podido desviarnos tanto de nuestra órbita —masculló el joven—. Tenga en cuenta que nos hallamos a más de cien mil kilómetros de la Luna y con la proa de

la nave apuntando en sentido diametralmente opuesto. ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

—En cierto modo, sí, porque ello quiere decir que nos alejamos de la Luna. Pero, por otra parte, no encuentro la menor explicación a este cambio tan súbito e inesperado de nuestra ruta. Suponiendo que haya dormido cuatro horas, quiere decir que el cohete está volando ahora por el espacio a razón de veinticinco mil kilómetros a la hora. ¿Cómo ha adquirido esa velocidad sin que hayamos podido advertirlo durante nuestro sueño?

Howard se mordió los dientes.

—No lo sé. Para mí es algo completamente inexplicable. Lo único que resulta cierto es que nuestro distanciamiento continúa y que estamos siendo lanzados al espacio. Esto no me gusta; no quisiera morir de hambre y sed o por falta de oxígeno.

—Podemos solucionarlo, usando los chorros —sugirió Tatiana—. Usted tiene aún un remanente de energía, ¿no es así?

—Cierto. Y, ¿sabe lo que le digo? Pues, sencillamente, que como logre poner proa a la Tierra, voy a volver allá abajo a escape y luego ya pueden ofrecerme fortunas, que no volveré nunca al espacio. ¡Cielos, qué problemas se nos están presentando! Un cohete que se estropea y luego desaparece como si jamás hubiese existido, la radio que no funciona, mi cohete que se vuelve loco... No, decididamente, si logro poner el pie en el planeta, me ataré los tobillos a un poste.

Tatiana se echó a reír. Howard la miró a través del cuarzo de su casco, bastante enojado, pero acabó por reír también.

Regresaron. Una vez en la cabina y despojados de sus escafandras, se sujetaron con las correas a los sillones. Howard se dispuso a utilizar los chorros.

Antes de hacerlo, consultó el indicador de distancias. Estaban ya a ciento doce mil kilómetros y el radar indicaba que la “Around” continuaba en su nueva órbita de modo inmutable.

Howard hizo una serie de rápidos cálculos. Lo primero que tenía que hacer era invertir el sentido de marcha de la nave mediante los chorros direccionales. Después, lanzaría un par de disparos con el chorro propulsor principal y más tarde, cuando estuviese seguro de que ya se hallaban en el buen camino, establecería la órbita de regreso.

El velocímetro le dijo que marchaban a 25.410 kilómetros a la hora. Masculló algo entre dientes, pensando en la ingente cantidad de combustible que iba a consumir, pero si querían regresar a la Tierra no tenía otra solución. «Gastar carburante o perecer», se dijo.

Exclamó.

—¡Tatiana, agárrese!

Dio el contacto de los chorros y luego pulsó el correspondiente al lado de estribor de la nave. Una vez hecho el contacto, empujó suavemente la palanca de gas.

Las pantallas mostraban todo el espacio circundante. Tenía que haberse visto una llama y sentido una sacudida en la nave, pero nada de esto sucedió.

Howard frunció el ceño. Volvió a repetir la maniobra, con idéntico resultado.

—¿Es que aquí todo se ha estropeado? —vociferó.

Tatiana puso una mano sobre la del joven.

—Cálmese, Ho —dijo—. No se ofusque; sería mucho peor. Vuelva a intentarlo y tenga paciencia.

—Está bien —gruñó él—. Pero si seguimos así, me volveré loco. ¿Qué me han construido? ¿Una nave o un bote de remos?

Tatiana sonrió, pero no quiso decir nada, por no aumentar la irritación del joven. Howard volvió a presionar la palanca de gas.

—¡Nada! —exclamó, después de haber empujado la palanca a fondo—. La nave sigue en la misma órbita.

—Pruebe a ver el chorro principal. Quizá si funciona éste primero, los otros lo harán después.

—Son conexiones absolutamente independientes —dijo Howard —. Es de todo punto imposible que si un chorro se avería, los otros se estropeen al mismo tiempo.

El chorro propulsor principal permaneció mudo. Howard lo intentó una y otra vez, sin conseguir resultado positivo. Y lo mismo le sucedió con los restantes.

Finalmente, se dejó caer hacia atrás, contemplando con aire sombrío el cuadro de mandos. El radar de distancias le indicó que se hallaban ya a 128.482 kilómetros del satélite.

—Nuestro alejamiento continúa —murmuró amargamente.

Por primera vez en todo aquel tiempo, Tatiana empezó a sentirse desalentada.

—¿Qué haremos, Ho?

—No lo sé —contestó él, levantando los brazos en un gesto lleno de exasperación—. Estamos en 1964, en un siglo lleno de adelantos científicos, pero viajamos por el espacio en lo que yo llamaría, sin la menor sombra de dudas, una nave embrujada. ¿Quién nos ha echado mal de ojo, Tatiana?

—La nave es cosa hecha por la mano del hombre y como tal, sujeta a imperfecciones, Ho —contestó la muchacha suavemente.

—Imperfecciones, sí —exclamó él con salvaje acento de ira—. Pero no tantas, ¡demonios! Uno puede esperar siempre alguna avería razonable, pero no tantas, tan graves y en tan poco espacio de tiempo.

—Tenga paciencia —dijo ella nuevamente—. Insista otra vez, Ho, se lo ruego.

—Está bien —contestó él, resignado—. Pero, no sé por qué, me parece que es tiempo perdido.

Una hora más tarde hubieron de rendirse a la evidencia: ninguno de los chorros funcionaba. La velocidad de la nave seguía siendo, aproximadamente la misma, así como la órbita, pero en cambio la distancia a la Luna había subido ya a los 153.551 kilómetros.

—Hay oxígeno para un mes —dijo Howard sombríamente—. Los víveres están calculados para veinte días, utilizados a discreción. Racionándolos podremos duplicar el tiempo de su utilización.

Tatiana dijo:

—Pero diez días antes de este plazo se nos habrá acabado el oxígeno. Pongamos quince, si lo escatimamos un poco y procuramos movernos lo menos posible para consumirlo en cantidad mínima. ¿Y después?

—Entonces —contestó el joven—, abriré la compuerta. No quiero agonías lentas. Resistiré cuanto me sea posible, por supuesto; soy joven y no me gustaría morir. Pero tampoco tengo intención de padecer, Tatiana.

Ella le miró dulcemente.

—Opino lo mismo que usted, Howard.

Durante unos momentos los dos jóvenes estuvieron contemplándose mutuamente. Luego, con gesto unánime e instintivo, cayeron el uno en brazos del otro.

Howard y Tatiana mantuvieron los labios unidos, hasta que les faltó la respiración. Luego, ella apoyó su cabeza en el pecho del joven, mientras que éste acariciaba suavemente el dorado cabello de la muchacha.

Permanecieron así unos momentos. Después, Tatiana dijo:

—¿Sabes? Me alegro de haberte conocido, Howard. Puede que no salgamos vivos de ésta, pero después de lo que acaba de suceder, ya no me importa tanto.

Él la besó suavemente.

—Eres una chica estupenda, Tatiana. Puede que suene a cursi, pero es la verdad. Tampoco a mí me importaría morir, haciéndolo a tu lado.

—Si tienes necesidad de abrir la compuerta —murmuró ella, estremeciéndose un instante—, quiero que lo hagas abrazándome.

—Te lo prometo —contestó él.

De pronto, se inclinó sobre la muchacha, besándola con furia. Ella le devolvió los besos con el mismo ímpetu.

Se separaron más tarde. Ella sonrió, sofocada y encarnada, atusándose el cabello con gesto instintivo.

—Vamos a comer algo —dijo Howard. Tatiana asintió.

Cuando terminaron, Howard dijo:

—Debieras descansar un poco. Yo me quedaré a vigilar. Te despertaré dentro de tres o cuatro horas, aproximadamente.

—Como quieras, cariño.

Mientras la muchacha dormía. Howard probó una y otra vez de poner los chorros en funcionamiento, sin conseguir el menor resultado. Se fumó una docena de cigarrillos casi seguidos, hasta que al fin, cansado y exasperado por los reiterados fracasos de sus intentonas, se echó para atrás en el sillón, mirando fijamente la pantalla que tenía ante sí.

Transcurrieron dos horas. En este espacio de tiempo, Howard comprobó que la distancia al satélite alcanzaba ya la cifra de 219.892 kilómetros. Notó que el cohete mostraba cierta tendencia a aumentar la velocidad.

De pronto recordó una cosa.

—¡Diablos! —masculló a media voz—. Lo había olvidado ya.

Conectó el radar para cuerpos celestes, barriendo con la antena el espacio frontero. No tardó mucho tiempo en surgir en la pantalla

un punto brillante de oscilante intensidad lumínica.

—Ahí está —dijo—. Ése es Hermes.

Guiado por el radar, conectó la pantalla televisora correspondiente, haciendo funcionar el mando de aproximación telescópica. Pero no pudo ver nada con claridad: sólo una mancha borrosa y difusa, de un color gris muy oscuro que casi se confundía con la oscuridad del espacio.

—¡Demonios! Esto sí que resulta raro.

Consultó de nuevo el radar. Éste no mentía. Hermes estaba allí.

Sin embargo, había una cosa que le extrañó sobremanera. ¿Por qué si el asteroide era captado bien por el radar, resultaba poco menos que invisible en la pantalla visora?

Repitió la misma operación un par de veces más, todas ellas con idéntico resultado. Al concluir, empezó a gemir.

—Sólo nos faltaba esto ahora.

—¿Qué sucede? —preguntó Tatiana de pronto.

Howard se volvió, viendo que la muchacha estaba incorporada sobre un codo en la litera. Se lo explicó.

Tatiana frunció el ceño. Saltó de su litera, acercándose al cuadro de mandos. Examinó las pantallas atentamente durante unos minutos.

—Sí que es extraño —murmuró—. ¿Por qué dos imágenes tan distintas?

—Eso es lo que me gustaría a mí explicarme —contestó el joven —. Tatiana, si quieres que te diga la verdad: estoy hecho un puro lío. Ya no sé ni qué hacer ni cómo arreglármelas para...

—¡Un momento! —dijo ella—. ¿Cuánto dijiste que tenía Hermes de diámetro?

—Unos diez mil metros —contestó el joven.

Tatiana hizo unos rápidos cálculos mentales.

—Entonces —declaró al cabo—, ahora debemos hallarnos a unos setenta y cinco mil kilómetros del asteroide.

—Es claro.

—¿Y no podría ser que Hermes nos hubiera atraído hacia él?

—Oh, no, en absoluto. Si desembarcásemos en ese asteroide, apenas sentiríamos la gravedad. Debe de tener tan poca fuerza de atracción que bastaría el impulso correspondiente a un salto de un metro de altura para salir proyectado al espacio.

—En efecto —contestó Tatiana—. Según Newton y sus leyes, así debe ser. Pero eso ocurriría en el supuesto de que Hermes tuviera solamente diez kilómetros de diámetro.

—Los tratados de Astronomía…

—Los tratados de Astronomía podrán decir lo que quieran —le interrumpió la muchacha—, pero lo cierto es que esa masa difusa que estamos viendo ante nosotros mide más, mucho más, de diez kilómetros de diámetro.

* * *

Una vez más estaban fuera, en el exterior del cohete, fiando en sus propios ojos mucho más que en los instrumentos ópticos de a bordo. Tatiana había tenido razón.

La distancia a aquella masa difusa se había reducido en unos millares de kilómetros, desde que la muchacha hiciese aquella sorprendente observación. Ahora, aquel extraño fenómeno se percibía mucho mejor, aunque no se podía distinguir ningún detalle de su superficie. Lo único que se divisaba era una especie de globo gaseoso, de un tamaño ligeramente inferior al de la Luna. Y la “Around” continuaba su viaje, irresistiblemente atraída por aquel cuerpo celeste que figuraba en los mapas astronómicos de una forma muy distinta a la que ellos tenían ante sus asombradas pupilas.

Tatiana se agarró al brazo del joven.

—Howard —dijo.

—¿Sí, querida?

—Tengo miedo —exclamó la muchacha estremeciéndose.

—¿Miedo… por qué?

—No… lo sé. Han pasado demasiadas cosas desde que la radio dejó de funcionar. Aquí ocurre algo raro, Ho. Tengo la sensación de que somos arrastrados por una fuerza infinitamente poderosa, contra la cual no podemos hacer nada.

—Desecha tus temores, querida —dijo él, tratando de tranquilizarla—. No hay aparatos fantásticos ni marcianos…

Ella dijo:

—No es preciso que sean marcianos para arrastrarnos con ellos, Ho. Debajo de esa masa de gas hay gente con inteligencia.

—Seguro —rió Howard—. Y tendrán seis ojos, cuatro brazos, y cinco pares de patas, ¿verdad?

—No bromees, Howard. Esto que digo… creo que es la verdad. No sé por qué lo digo, pero presiento que antes de muy poco sabremos todo lo que ocurre de manera concreta.

El joven arrugó el entrecejo. Quería tranquilizar a Tatiana, pero él mismo se sentía intranquilo, sin saber exactamente la causa. Presentía, aunque no se atrevía a manifestarlo, que al otro lado de aquel globo de gas debía de hallarse la solución de todo cuanto les estaba ocurriendo.

—Volvamos adentro —dijo perentoriamente. Tatiana accedió sin chistar.

Una vez en la cabina, se sujetaron a los sillones.

—Estamos ya a cincuenta mil kilómetros de distancia. A la velocidad que llevamos, llegaremos antes de dos horas. Entonces sabremos si eso es un globo de materia gaseosa e inerte… o si hay algo que se esconde bajo ella.

—Tengo la sensación de que es lo último que has dicho, Ho —manifestó la muchacha—. ¿Por qué no va a ser Hermes un planeta habitado por seres con inteligencia?

—Pero… ¿cómo podrían vivir en un asteroide de sólo diez kilómetros de altura? No hay posibilidades de atmósfera respirable; la bajísima gravedad es insuficiente para retener las moléculas gaseosas…

—Hermes mide más, mucho más —insistió ella—. Estoy segura de que todas las imágenes vistas hasta ahora por los astrónomos son falsas, proyectadas deliberadamente al espacio con el fin de engañar a los hombres de ciencia terrestres.

—¡Cielos! Si fuese eso verdad… Entonces resultaría que en Hermes habita una raza de una civilización fantástica. Ellos serían los que cortaron nuestras comunicaciones, despidieron tu cohete y paralizaron nuestros chorros y… ¡Dios santo! ¡Qué descubrimiento! Pero, ¿por qué pasar desapercibidos ante nosotros?

Ella le miró oblicuamente.

—¿Crees tú, Ho —dijo—, que para una raza extraterrestre que vive pacíficamente y sin complicaciones en su mundo, es deseable entablar conocimiento con nosotros, los salvajes y belicosos habitantes de la Tierra?

Howard suspiró profundamente.

—No, por supuesto que no. Pero si no quieren darse a conocer,

entonces, ¿por qué mil diablos nos arrastran hacia ellos? Si es que «Ellos» existen, naturalmente.

—Existen —exclamó la muchacha, íntimamente convencida de la veracidad de su afirmación—. Existen y no tardaremos mucho en verlos y hablar con ellos. ¡Ho, estoy ansiosa de conocerlos!

El joven meneó la cabeza. No compartía, ni mucho menos, el entusiasmo de Tatiana, pero no se atrevió a llevarle la contraria.

—Esperemos —dijo cautamente.

Pasaron los minutos. Y los cuartos y las medias horas. La masa difusa fue tomando cuerpo al fin. Entonces, los ojos asombrados de la pareja contemplaron el inusitado espectáculo de un mundo que surgía, radiante de belleza, bajo aquella capa de gas que lo había hecho invisible a los observatorios astronómicos y que sólo podía ser percibido desde muy corta distancia. Justamente, desde los límites de aquella atmósfera extraordinaria.

De repente, Howard lanzó un agudo grito.

—¡Tatiana, los chorros funcionan!

CAPÍTULO VI

S

ucedió un cambio total, un tránsito absoluto de las tinieblas a la luz, de la oscuridad al resplandor, de la noche al día, de la desesperación a la esperanza, de la muerte a la vida, un cambio total, glorioso y vivificante el que experimentaron al aterrizar en aquel misterioso y, hasta entonces, completamente desconocido planeta.

En los primeros momentos experimentaron ciertas dificultades para moverse. Aunque pronto notaron que la gravedad de aquel mundo incógnito era mucho menor que la de la Tierra, no en balde habían pasado cinco largos días en un ambiente completamente desprovisto de peso. Sus miembros se movían con cierto embarazo, que no tardó, sin embargo, en desaparecerles rápidamente, una vez habituados a aquel ambiente.

—Afortunadamente —dijo Howard, una vez hubieron aterrizado —, el consumo de carburante ha sido relativamente pequeño, debido a la menor gravedad de este planeta. Esto nos concede una remota esperanza de volver al nuestro.

—Si es que los habitantes de este mundo nos lo permiten —le advirtió Tatiana—. No olvides que han sido ellos los que nos han traído hasta aquí.

—¿Y por qué no la misma atracción del planeta? ¿Sabemos algo de su constitución? Aparentemente, puede ser del mismo tamaño, quizá un poco menos, que la Luna, pero si su núcleo es más denso...

—Si fuera verdad eso que dices, entonces su fuerza de gravedad sería mucho mayor y por lo tanto, pesaríamos igual que en la Tierra, cosa que, evidentemente, no sucede —arguyó la muchacha con sensatez—. Entonces, al poseer la misma masa que la Luna -o aproximada, repito- no cabe la explicación de que nos encontremos aquí por la atracción natural del planeta. Lo mismo habría podido atraernos la Luna y no ha sucedido, Ho.

—Tienes razón —contestó él—. Tus argumentos no tienen vuelta de hoja. Y ahora, ¿qué tal un beso para celebrar el feliz aterrizaje, cariño?

Tatiana se inclinó hacia el joven, rozando suavemente con los

suyos los labios de Howard. Éste quiso atraerla hacia sí, pero la muchacha esquivó el abrazo.

—Basta de escarceos, Ho; hemos de trabajar. Conecta las pantallas.

Ya se había disipado la nube de humo producida por el aterrizaje. Exploraron el terreno circundante, viendo grandes extensiones de tierra cubierta de vegetación, corrientes de agua, y una prominente cadena de montañas a lo lejos. El cielo parecía similar al de la Tierra y por él vagaban lentamente grandes bancos de nubes resplandecientes bajo la luz del sol. No lejos del cohete se divisaba una gran extensión de agua, cuyas olas rompían con singular mansedumbre contra la orilla arenosa, situada a poca distancia del lugar de aterrizaje.

Durante unos momentos, los dos jóvenes permanecieron en silencio, contemplando el panorama circundante, embargados por la emoción de haber desembarcado en un mundo totalmente nuevo. Mas no tardaron en sustraerse a aquel éxtasis.

—Debemos desembarcar y explorar las cercanías de la nave, Tatiana —sugirió Howard.

La muchacha sintió aprensiones.

Preguntó:

—¿Ya será respirable esa atmósfera, Ho?

—¿Por qué no? —rió él—. Si hay seres que nos han traído hasta aquí, forzosamente tienen que vivir en un medio respirable, ¿no crees?

—Pues sí, desde luego. Pero es preciso contar con que su metabolismo sea idéntico al nuestro. En caso contrario, esa atmósfera sería nociva para nosotros, lo que nos obligaría a permanecer continuamente enfundados en las escafandras.

—Que no sería por mucho tiempo —arguyó Howard—. Nuestras reservas de oxígeno no son ilimitadas. De todas formas, estoy seguro de que podremos vivir ahí afuera. ¿Te parece que hagamos una prueba rápida?

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Estaba nerviosa, se le veía. Howard se levantó, dirigiéndose hacia la compuerta.

—Procura aguantar el aliento en los primeros momentos. Si viera algo peligroso, cerraría de inmediato. Cualesquiera que sean los gases que componen la atmósfera exterior, es indudable que

tiene que haber alguna presión; por lo tanto, el riesgo de la muerte por descompresión está descartado. ¡Cuidado!

La compuerta empezó a girar lentamente. Howard frenó su movimiento cuando apenas había recorrido un cuarto de lo normal, con el fin de poder cerrar con rapidez si el caso lo requería.

Contuvo la respiración durante unos segundos. Después hizo una rápida inspiración, expulsando al instante el aire de sus pulmones. No sintió ningún olor raro ni extraño, por lo que se atrevió a repetir el gesto.

Varias inspiraciones más le convencieron de que la atmósfera era completamente respirable. Una infinita alegría inundó su corazón, mientras estrechaba fuertemente entre sus brazos a la joven.

—Gracias a Dios —exclamó fervorosamente—. Al menos, sabemos que la vida es posible en este mundo. ¿Te parece que desembarquemos, Tatiana?

Ella asintió con la cabeza. Estaba muy emocionada y no podía hablar. Sus bellos ojos aparecían brillantes por las lágrimas.

Howard buscó entonces la escala que le habría servido para desembarcar en la Tierra a su regreso del vuelo circunlunar y la arrojó al exterior, una vez abierta la compuerta de par en par. Una vez hecho esto, empezó a descender, precediendo a Tatiana que le seguía a unos peldaños de distancia.

Finalmente llegaron al suelo. Enlazados por el talle, contemplaron maravillados el fantástico panorama que les rodeaba, de un colorido brillante e inimitable, percibiendo el aroma de mil flores extrañas y de hermosos colores que brotaban de las plantas que crecían no lejos de la astronave. El paisaje aparecía completamente desierto y no se veía en él ningún rastro de vida animal.

—¡Qué hermoso es! —repetía Tatiana una y otra vez.

De pronto se soltó de los brazos del joven y echó a correr hacia la playa. Sus músculos, hechos para una gravedad terrestre, la hacían dar grandes saltos que provocaron la hilaridad en Howard. El joven la siguió casi en el acto y no tardó mucho en llegar a la orilla de la playa, donde se deshacían las olas con singular lentitud. El mar se veía perfectamente convexo y la línea del horizonte aparecía mucho más próxima y curvada que en la Tierra.

Tatiana se metió en el agua hasta las rodillas, mojándose brazos y manos. Se salpicó el rostro una y otra vez, sintiéndose enormemente feliz.

Inclinada como estaba, se volvió hacia el joven.

—Cuando vuelva a mi país, presentaré una reclamación a mi gobierno —dijo.

El joven se sintió acometido por un acceso de tos. ¿Una reclamación al gobierno soviético? ¡Ilusa!

—¿Sobre qué versará esa queja, Tatiana?

Ella le guiñó un ojo.

—Olvidaron incluir en el equipo un traje de baño.

—Si te parece —dijo riendo el joven—, me volveré de espaldas.

—No, pero algo tendré que hacer para bañarme, ¿no crees?

—Bueno, eso es cosa que habrá que discutir un poco más adelante. Sal de ahí; ahora tenemos que hacer cosas más urgentes.

Tatiana se le acercó. La temperatura era excelente y la ropa mojada se le secaría muy pronto.

—¿Qué es lo que hemos de hacer, Ho? —inquirió.

—Por lo pronto —respondió él—, explorar el terreno circundante al cohete y ver de qué forma podemos establecernos como Robinsones del espacio. Después, será cosa de averiguar si este planeta está habitado.

—¿Habitado, dices? —exclamó la muchacha, mirando a un punto situado a espaldas de Howard.

El joven se volvió. Una exclamación brotó al instante de sus labios.

—¡Está habitado!

El cuerpo de Tatiana se estremeció y Howard notó claramente el estremecimiento, pues estaba apretada contra él. La muchacha tenía buenas razones para temblar.

Desde la cordillera de montañas que se divisaba a lo lejos, en sentido transversal a la playa, se veían venir tres naves aéreas cuyo tamaño aumentaba rápidamente por momentos. Salvo un ligerísimo zumbido apenas perceptible, la aproximación de aquellas extrañas naves hubiera resultado completamente silenciosa.

—Y estamos desarmados —exclamó Howard con enojo.

—¿Quién dice que esos seres hayan de traer intenciones belicosas? —objetó ella—. Esperemos a ver cómo se portan.

—Esperemos también —añadió Howard con un gruñido—, que no traigan pistolas desintegrantes como sucede en todas las novelas que yo he leído. Nosotros no tenemos más que los puños.

Los aeroplanos se acercaron al lugar en que se encontraba la pareja con grandísima rapidez. Howard y Tatiana apreciaron bien pronto que su forma no difería mucho de la de los terrestres, aunque éstos tenían las alas en forma de delta. Parecían ser propulsados por un sistema de reactores que no resultaba claramente visible desde abajo y en cuanto a su capacidad se les advertía podían contener una tripulación de seis u ocho hombres.

Los aparatos sobrevolaron bien pronto el cohete, y describieron varios círculos de altitud decreciente en torno al mismo, contemplados expectantemente por los dos jóvenes.

—Espero que no nos suelten una bombita —masculló Howard, siguiendo con infinita atención las evoluciones de los aparatos.

De pronto, uno de los aviones suspendió su vuelo, dejándose caer a plomo muy cerca del cohete. Tatiana lanzó un grito de susto, pero muy pronto pudo verse que aquella supuesta maniobra no era sino un aterrizaje habilísimamente calculado. En efecto, el avión tomó tierra a corta distancia de la pareja, con infinita suavidad, sin ninguna sacudida.

Howard quiso acercarse al aparato, pero ella le contuvo agarrándole por el brazo. Gritó:

—¡Quieto! Espera.

No tuvieron que aguardar mucho. Mientras los otros dos aviones continuaban sus vuelos por encima de ellos, una escotilla se abrió en uno de los costados del fuselaje del que había aterrizado y una serie de individuos saltó fuera del mismo, encaminándose hacia la pareja.

Howard y Tatiana contemplaron, tan interesados como estupefactos, a los hombres que componían aquella extraña procesión. Todos eran jóvenes y de agradable presencia, sin ninguna deformidad especial que les hiciera ser especialmente diferentes de un humano terrestre. Vestían blusa holgada y pantalones cortos, ceñidos por un ancho cinturón de cuero rojo, en cuyo centro se advertía una gran placa dorada de forma circular. Su cabeza iba cubierta por un casco de una sustancia liviana y brillante, rematado en una especie de penacho de metal, también muy brillante. Iban

armados.

Al observar el detalle, Howard torció su gesto. El fusil que portaban aquellos individuos era corto y de cañón muy grueso, pero esto era lo de menos. Lo importante era que se les recibía de un modo no demasiado cortés, como lo indicaba el hecho de que todos aquellos individuos dispusieran de un arma, aunque por el momento no pareciesen dispuestos a utilizarla.

El hombre que venía en cabeza de la pequeña comitiva se detuvo a unos pasos de distancia de la pareja y se inclinó profundamente. Era un individuo de unos cuarenta y tantos años de edad, según el cómputo terrestre, y en su rostro se advertía la bondad y la nobleza, cosa que tranquilizó no poco a Howard.

Luego empezó a hablar, pero ninguno de los dos jóvenes supo entender nada de lo que el hombre quería decirles. Éste señaló el avión y luego las montañas, haciendo después gestos con la mano de una forma un tanto rara.

—Quiere decir que vayamos con él a su ciudad —exclamó Tatiana.

—¡Qué! ¿Dejar yo mi cohete? —gruñó Howard—. Ni lo sueñes. Antes tengo que saber qué es lo que pretenden estos pájaros.

—Un poco de calma, por favor —dijo ella; y avanzó hacia el recién llegado—. Nosotros no entendemos su idioma. ¿No podría, por favor, expresarse de algún modo inteligible?

—Si nosotros no entendemos su idioma, ¿cómo puedes esperar que ellos entiendan el nuestro, Tatiana? —dijo Howard.

—Aguarda un momento; sé paciente, te lo ruego —contestó ella volviendo a enfrentarse con el individuo.

Los dos cambiaron unas cuantas palabras en sus respectivos idiomas. Al fin, el desconocido se arrodilló en el suelo y trazó unos cuantos signos con el dedo sobre la arena.

Al ver los dibujos, Tatiana exhaló un pequeño grito:

—¡Mira, Howard! ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Parecen unos auriculares, en efecto —contestó el joven, ya que el diseño que había trazado el desconocido tenía aquella forma.

—Entonces es que quiere decir que tienen un equipo de traducción. Podremos comunicarnos con ellos —exclamó la muchacha alborozada.

—Bueno, en principio no está mal del todo —comentó el joven

—. ¿Y dónde diablos está esa traductora?

El hombre señaló su avión. Tatiana asintió.

—Vamos, Howard. Sigámosles.

El joven no estaba muy convencido del todo, pero acabó por acceder. A regañadientes, acabó por dejarse llevar hasta el aparato, que se hallaba posado en el suelo a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

Penetraron en el avión, cuyo fuselaje era bastante amplio, sin separación alguna entre el puesto de pilotaje y el espacio destinado a los pasajeros. Había varios asientos dispuestos en el sentido de la marcha, en dos hileras paralelas, pero uno de los soldados hizo girar varios de los asientos, colocándolos de modo que estuviesen frente a frente.

Otro trajo, empujándola sobre unas ruedas, una extraña máquina, que parecía una gran caja metálica, en cuya superficie se divisaban varios cuadrantes y esferas llenas de signos que a Howard y Tatiana les parecieron cabalísticos. Un tercero, en fin, trajo unos auriculares provistos de micrófono, cuyo cable fue conectado a la caja. El jefe de aquellos individuos se colocó, a su vez, otro par de auriculares.

A continuación empezó a manipular en los mandos de la caja. Howard respingó al oír una voz que le hablaba en su propio idioma:

—Bienvenidos a nuestro mundo, forasteros —dijo el hombre—. Yo, Andro, os saludo.

—Andro —exclamó Tatiana—. ¿Ése es tu nombre, amigo?

—Ciertamente. Y vosotros, ¿cómo os llamáis?

La muchacha dio su nombre y el de su compañero. Andro asintió.

—Nos complace mucho haberos recibido y, más que nada, haber comprobado que vuestra llegada se ha hecho sin daño físico para vosotros. Mientras estéis en Hermion, seréis nuestros huéspedes.

—Muy amable, Andro —dijo Howard—. ¿Hermion es el nombre de vuestro planeta? Nosotros le llamamos Hermes. Es decir —añadió—, suponiendo que éste sea el mismo cuerpo celeste que conocemos por ese nombre.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Andro.

—Lo es —dijo—. Sin embargo, no puedo entrar en más explicaciones por el momento. Lo único que he de pediros es

vuestra autorización para trasladaros a Hermionna.

—¿Es alguna ciudad? —inquirió la muchacha.

—Sí; es la capital de nuestro planeta.

Tatiana miró a Howard.

—En principio —dijo—, yo no tengo ningún inconveniente. Pero no sé si mi compañero...

—¡Cómo! —se asombró Andro—. ¿No es tu esposo?

La muchacha se sofocó.

—Pues... —empezó a decir, pero Howard la interrumpió.

—No soy su esposo —dijo—, pero espero serlo apenas hayamos regresado a la Tierra.

—¿La Tierra? —inquirió Andro, extrañado.

Howard dijo:

—Sí, ése es el nombre que damos a nuestro planeta.

—Regresar a vuestro planeta —murmuró Andro, meditabundo —. Esto es algo que habrá que discutir más adelante, por el momento...

Howard se puso en pie bruscamente. Tan irritado estaba, que no se dio cuenta de que había desconectado el cable de sus auriculares hasta que vio la expresión de duda en el rostro de Andro. Entonces restableció la conexión y repitió las frases ya pronunciadas.

—Espero que el regreso a nuestro planeta no sea objeto de discusión alguna —manifestó agriamente, sin hacer caso de los tirones de manga que le daba la muchacha—. No tenemos inconveniente alguno en ser vuestros huéspedes; incluso lo agradecemos con toda sinceridad; pero lo que no cabe soñar tan siquiera es retenernos aquí contra nuestros deseos. —Se volvió hacia la muchacha—. Espero que tú seas de mi misma opinión, Tatiana.

Ella asintió.

—Esperemos un poco, querido —dijo—. Todavía es prematura toda suposición en tal sentido. —Miró a Andro—. Vuestra acogida ha sido muy hospitalaria, pero lo echaríais todo a perder si intentarais mantenernos prisioneros en el planeta contra nuestra voluntad.

Andro hizo un gesto ambiguo.

—En todo caso—dijo—, yo no soy más que un portavoz que cumple las órdenes que se le dan. Sobre mí hay alguien que puede

más que yo y que, en definitiva, será quien resuelva sobre vuestra situación.

Howard apretó los labios.

—Ya lo decía yo —mascullo—. Estos tipos nos han cogido prisioneros y no nos soltarán hasta que…

Uno de los soldados le interrumpió de pronto. Penetró por la portezuela y gritó algo que Howard no pudo entender, ya que el hombre hablaba sin micrófono. Pero, en cambio, el joven pudo ver que el rostro de Andro se demudaba y palidecía enormemente.

—Hemos de partir inmediatamente de aquí… —anunció con tono perentorio, que no admitía ninguna réplica.

CAPÍTULO VII

Antes de que la sorprendida pareja pudiera darse cuenta de lo que les sucedía, los soldados, obedeciendo órdenes de Andro, les ataron sólidamente a los sillones, los cuales fueron situados nuevamente en el sentido de la marcha. Howard pataleó y vociferó como un energúmeno, pero todas sus protestas se perdieron en el vacío.

La máquina traductora fue retirada apresuradamente. Se cerró la escotilla y el aparato saltó hacia arriba, emprendiendo el vuelo de inmediato sin decir palabra.

El avión estaba provisto de grandes ventanales que permitían una cómoda visión de lo que sucedía en el exterior. Escorzando el cuerpo, Howard, pudo ver a los otros dos aviones dirigirse raudamente hacia un punto determinado.

De pronto, uno de los aviones se deshizo en una cegadora llamarada. El estampido de la explosión les llegó unos segundos más tarde, precediendo apenas a la onda de concusión, que hizo vacilar de modo espantoso el avión en que viajaban. A lo lejos, a un par de kilómetros de distancia, brilló otro fogonazo.

—Para que luego hablen mal de la Tierra —exclamó el joven sarcásticamente—. También aquí tienen sus guerritas… ¡y nosotros sin paracaídas!

El avión había adquirido ya una velocidad vertiginosa. Pero la

distancia al cohete no era aún tan grande que Howard no pudiera divisar el triste fin de la “Around the Moon”.

Primero fueron dos fogonazos, envueltos instantáneamente en una nube de humo, los que se produjeron a media altura en el casco, abriendo en el mismo enormes brechas. Luego otro disparo alcanzó a la nave en una de sus aletas estabilizadoras, destruyéndola por completo.

Al fallarle el apoyo, la nave se vino abajo con horrible estrépito. Aún la alcanzó un nuevo proyectil en la proa, arruinando por completo la instalación de antenas

Howard pareció ser atacado por un rapto de locura. Gritó como un poseso, debatiéndose furiosamente en su asiento. Tatiana intentó calmarle, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos.

Mientras tanto, en el exterior, el combate proseguía. Varios fogonazos más se sucedieron, algunos de ellos peligrosamente próximos al aeroplano, el cual se tambaleó de una manera alarmante. Era evidente que alguien trataba de atacarles, sin que tanto Howard como Tatiana comprendieran los motivos.

El joven acabó por calmarse un tanto, pero no podía borrar de su imaginación el recuerdo de su nave tumbada en el suelo y con unos destrozos totalmente irreparables. Media hora más tarde, Andro volvió del puesto de pilotaje que había ocupado hasta entonces y se sentó frente a la pareja.

Un soldado volvió a traer la máquina traductora. Cuando ofreció a Howard los auriculares, éste los rechazó de un fuerte manotazo.

Tatiana los recogió del suelo y le miró con dolorida expresión mientras se los entregaba.

—Por favor, Ho —dijo.

—No es tu nave, sino la mía —declaró él hoscamente—. Y esta pandilla de monos me la ha destruido de una manera miserable... Ya no podremos volver a la Tierra...

—Cálmate, Ho, te lo ruego. Ten un poco de paciencia. Además, volvamos o no, ¿qué importa eso si seguimos juntos? ¿No eras tú el que decía que deseabas morir abrazado a mí?

Howard remoloneó un poco, refunfuñó otro tanto y acabó por sonreír.

—Está bien —dijo, tomando los auriculares—. No sé cómo os las arregláis las mujeres, que conseguís siempre lo que se os antoja. —

Miró a Andro—. Bueno, habla de una vez.

Andro se sentó frente a ellos.

—Os debo una explicación por lo que ha ocurrido —declaró—. En primer lugar, debo deciros que deploro de todo corazón lo que acaba de suceder. Nuestro mundo no es todo lo pacífico que debiera ser o como parece a simple vista. Existen dos bandos opuestos, de intereses políticos totalmente dispares, que se disputan la hegemonía por el poder y de cuya rivalidad acabáis de tener una muestra bien palpable.

—¡Ya lo creo! —refunfuñó el joven—. Como que me han destruido el cohete. Pero sigue, sigue, Andro. Ponnos al corriente de todo.

—¿En qué consiste esa rivalidad? —preguntó la muchacha, muy interesada.

—Vosotros sois la base de la misma —dijo Andro sorprendentemente—. Desde tiempo inmemorial sabemos que vuestro planeta está habitado. Un bando es partidario del aislamiento, en tanto que otro opina que deben establecerse relaciones amistosas con vuestro planeta. Yo —exclamó Andro no sin orgullo— pertenezco a este último.

—En medio de todo —respondió cáusticamente el joven—, hemos dado con los «buenos». Y ¿qué más?

—Los partidarios del aislamiento van perdiendo terreno a medida que transcurren los años. Todavía se mantiene, sin embargo, la cortina que invisibiliza a Hermion -o Hermes, como prefiráis- a los ojos de vuestros astrónomos, haciendo que nuestro planeta pase completamente inadvertido en el momento del perigeo; esto es, cuando más próximos se encuentran ambos cuerpos terrestres. Naturalmente, no nos hemos molestado en ocultar el pequeño satélite que nos acompaña, que es sin duda el asteroide que vosotros conocéis por el nombre de Hermes.

Howard chasqueó los dedos.

—Ahora lo entiendo. Sin duda, vuestro satélite estaba oculto al otro lado del planeta, por su movimiento de traslación en torno a éste, cuando nosotros apercibimos la masa difusa que es la atmósfera de este mundo.

Andro inclinó gravemente la cabeza.

—En efecto, así es —contestó—. Bien. Tal aislamiento fue

motivado, hace miles de años, por la necesidad de sobrevivir. Entre nosotros y vuestro satélite, ése que se ve muerto y deshabitado, existió un estado de guerra. La guerra concluyó con la destrucción total de la vida en el satélite de la Tierra…

—La Luna, le llamamos nosotros —dijo Tatiana.

Andro dijo:

—Muy bien, la Luna, pues. No sé quién comenzó la guerra. Nuestras crónicas dicen que ellos fueron los culpables. Al cabo de tantos miles de años, ¿quién puede asegurar tal cosa? De todas formas, los actuales habitantes de Hermion no somos responsables de lo que hicieron entonces nuestros antepasados. Pero toda señal de vida en la Luna desapareció y sólo quedan, como recuerdo de aquella cruentísima guerra, los miles y miles de cráteres que adornan la superficie del satélite.

—Debió de ser una guerra de las gordas —masculló Howard—. ¿Más?

—Sí —continuó Andro—. Como consecuencia de ello, y sabiendo que en vuestro planeta empezaba a desarrollarse la vida humana, nuestros científicos idearon un modo de hacer invisible el planeta para evitar los futuros contactos. Pero el tiempo transcurre y es inevitable que surjan modificaciones en los espíritus. El aislamiento no es deseable de ninguna manera. Los pueblos que viven en el espacio y más si son como los nuestros respectivos, que pertenecen al mismo sistema solar, deben relacionarse entre sí e intercambiar todo género de información científica, cultural y artística. Ésta es una corriente de opinión que ha ido adquiriendo gran incremento en los últimos tiempos, especialmente, desde que empezó a saberse que tratabais de salir al espacio. Nosotros también conocemos la astronavegación, pero la utilizamos en muy escasas ocasiones.

—Entonces —dijo Howard—, fuisteis vosotros los que provocasteis las interferencias en las emisiones de radio, incomunicándonos con la Tierra, desviasteis el cohete de su ruta, devolviendo, en cambio, el averiado a su punto de destino…

—Se estrelló en la Luna. Lo siento —declaró Andro.

—Y, encima de todo eso, impedisteis que usara los chorros de mi nave.

—Lo siento —dijo Andro—. Pero era de todo punto necesario

que vinieseis hasta nosotros. Deseábamos hablar con vosotros antes de dar el paso definitivo que ha de acercar a las gentes de nuestros planetas… o, por el contrario, alejarnos definitivamente.

Howard miró a la muchacha, mientras se rascaba maquinalmente la mejilla con el pulgar.

—En el primer caso —expresó— no sé cómo podremos ser vuestros mensajeros, porque supongo que nos enviaréis a la Tierra en calidad de tales, ¿no es así? —Andro asintió—. Mi cohete —dijo el joven indignado— está estropeado. ¿Cómo diablos…?

—Ya te he dicho antes que conocemos la astronáutica. Esto no es problema, Howard —afirmó Andro.

—¿Y si vuestro plebiscito o lo que sea que hagáis para determinar vuestra futura norma de conducta con respecto a nosotros fuese desfavorable al establecimiento de relaciones con los terrestres? ¿Qué sucedería entonces?

Era Tatiana la que había hablado. Andro volvió la vista hacia ella.

—Lamentándolo mucho —contestó—, tendríais que quedaros aquí, con nosotros. No hay otra alternativa.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los dos jóvenes se miraron mutuamente. Howard sintió que una oleada de sangre le subía al rostro.

Pero no tuvo tiempo de hablar. Súbitamente, uno de los tripulantes llamó a Andro.

Éste volvió la vista y habló brevemente con el individuo. Unos segundos más tarde, el mismo hombre vino con un extraño aparato, que parecía una pantalla de televisión, de forma octogonal y ángulos redondeados, de unos veinticinco centímetros de diámetro. La pantalla estaba conectada por un cable al cuadro de mandos del aparato.

Andro dio media vuelta a un control y al instante la pantalla empezó a emitir una serie de signos cabalísticos de distintas formas y colores, todos ellos muy vivos y brillantes, los cuales aparecían y desaparecían con suma rapidez.

Al terminar la emisión, Andro empezó a pulsar un botón. Nuevamente volvieron a verse aquellos extraños dibujos, contemplados por Howard y Tatiana con tanta extrañeza como admiración. Andro estuvo transmitiendo cosa de un par de minutos,

al cabo de cuyo tiempo cerró la comunicación. Hizo una señal con la mano y el mismo soldado se llevó la pantalla.

—He recibido nuevas órdenes con respecto a vosotros —dijo, mirando a la pareja.

Howard enarcó las cejas. Andro continuó:

—La situación en la capital se ha enrarecido un poco. Se ha divulgado la noticia de vuestra llegada y parece ser que se esperan disturbios. He de esconderos mientras se soluciona todo.

—Y luego dirán que nosotros los terrestres somos una banda de energúmenos incivilizados —masculló el joven—. Como dicen en un país que yo conozco, en todas partes se cuecen habas. ¿Qué más, Andro?

—Al parecer, los partidarios del establecimiento de relaciones hemos perdido algo de terreno en los últimos tiempos —contestó Andro—. Por lo tanto, es necesario que se os custodie en un lugar desconocido para todo el mundo, con el fin de salvaguardar vuestra integridad física.

—¿Es que los aislacionistas quieren matarnos? —se alarmó Tatiana.

—Probablemente no, pero si se librase otro nuevo combate, podríais correr grave riesgo y eso es precisamente lo que tratamos de evitar. Si triunfasen los que tú llamas aislacionistas, os retendrían aquí para siempre. En cambio, nosotros les daríamos la oportunidad de viajar a vuestro planeta y ser mensajeros y embajadores de nuestros deseos.

Y dicho esto, Andro desconectó la máquina traductora, poniéndose en pie. Se dirigió hacia el puesto de mando, encargándose personalmente del gobierno de la aeronave.

Howard y Tatiana quedaron sumamente sorprendidos al escuchar las noticias recibidas. Mas antes de que pudieran cambiar entre sí el menor comentario vieron con infinito asombro que el aeroplano describía un rápido semicírculo, tomando una dirección completamente opuesta a la que hasta entonces había llevado.

El avión adquirió aún más velocidad. El aire resbalaba a lo largo del fuselaje, produciendo un agudísimo chillido apenas perceptible, no obstante, en el interior. Pronto estuvieron de nuevo a la vista del mar.

Entonces Andro redujo la velocidad del avión hasta dejarla

prácticamente en cero, al mismo tiempo que perdía altura. Howard observó que el descenso se producía cerca de una costa rocosa y escarpada, aunque sin arrecifes ni escollos. Casi antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía, el avión se posó sobre las lentas olas de aquel mar tan fuertemente azulado.

—Bueno —resopló el joven—, ahora nos convertimos en canoa.

Su frase era inexacta. Apenas posados sobre el mar, el avión empezó a sumergirse.

—¡Eh, oigan! —gritó Howard alarmado—. ¡Que esto se hunde!

En un instante quedaron cubiertas las portillas por el agua. El aeroplano no tardó en ocultarse por completo bajo las aguas y continuó su descenso hasta que la luz del día empezó a debilitarse notablemente.

No obstante, aquellas aguas eran enormemente transparentes y podía verse a través de ellas hasta una distancia que en la Tierra hubiera sido inconcebible. Peces de rarísimos colores y variadas y fantásticas formas, desfilaron ante ellos, contemplándoles con curiosidad.

No tardó mucho en estabilizarse el aparato. Entonces emprendió la navegación a través del agua en dirección a la costa.

Andro agitó una mano, haciéndoles señas de que se acercaran al puesto de mando. Uno de los soldados les desató las ligaduras y entonces Howard y Tatiana se pusieron en pie.

Recorrieron el pasillo en toda su longitud y llegaron a la cabina, de amplios ventanales. Howard calculó que aquellos vidrios debían tener una excepcional resistencia para poder soportar la enorme presión del agua, aun contando con la menor gravedad de Hermes. Sin embargo, pronto hubo algo que atrajo su atención y fue el muro rocoso, casi completamente liso que se abría ante ellos.

Andro manejó un control y una lámpara se encendió en la proa de la aeronave, oscilando según un ritmo determinado. Entonces las aguas empezaron a arremolinarse, haciendo oscilar suavemente el aeroplano.

Howard y Tatiana estaban absortos ante tanta maravilla. Les pareció como si una mano gigantesca apartase las aguas del frente y los lados del avión. Pronto estuvo éste en el centro de una colosal burbuja de aire, en cuyos bordes se divisaban rápidas ondulaciones de la capa líquida.

Mas no habían acabado ahí todas las maravillas. Mientras el avión se mantenía absolutamente inmóvil y suspendido en el centro de la burbuja, un enorme lienzo de la roca se descorrió, dejando ver un negro hueco, cuya profundidad no podía calcularse a simple vista.

El avión empezó a moverse hacia la boca del túnel. En aquel momento, uno de los soldados lanzó un grito, añadiendo tres o cuatro palabras, pronunciadas rápidamente en su idioma.

Andro hizo girar el avión con tal rapidez, que Howard y la muchacha estuvieron a punto de caer al suelo. El aparato quedó dando la cola al túnel. Entonces los ojos asombrados de la pareja divisaron a lo lejos una bola blancuzca que crecía rápidamente de tamaño, al mismo tiempo que parecía acercarse al aparato con grandísima velocidad.

Howard comprendió bien pronto lo que sucedía.

—¡Han arrojado una bomba!

Tatiana se cogió a su brazo, clavándole los dedos en la carne. Los dos jóvenes miraron a lo lejos con ojos desorbitados por el espanto. La bola blanca aumentaba de tamaño rapidísimamente. Era cuestión de segundos que alcanzase a la burbuja, rompiendo sus bordes y arrojando sobre el avión aquella inmensa cantidad de líquido.

Pero entonces los dos jóvenes se sintieron lanzados hacia adelante. Andro había hecho retroceder el avión, metiéndose de cola en el túnel.

Apenas hubieron franqueado los límites del enorme orificio, Andro empezó a manejar el cierre de la esclusa de roca, utilizando nuevamente la lámpara. El tremendo lienzo de piedra empezó a correr hacia el muro opuesto.

En el último instante, la burbuja reventó. Una enorme cantidad de agua fue lanzada hacia delante e irrumpió parcialmente dentro del túnel. Pero el cierre de la esclusa impidió que penetrase más líquido dentro.

Un lejano trueno llegó a oídos de la pareja. La vibración fue tan grande que incluso se percibió en el aparato que permanecía suspendido en el aire. Por un instante, Howard empezó a temer por la seguridad del muro rocoso, pero aunque se produjeron algunas filtraciones de agua, resistió perfectamente.

Andro hizo girar nuevamente el aparato, con mayor suavidad que antes. Encendió dos potentes reflectores instalados en el techo de la cabina y reanudó el vuelo, avanzando lentamente por el túnel, cuyo diámetro era más del doble que la longitud de las alas extendidas del avión.

Así recorrieron unos centenares de metros, al cabo de los cuales Andro hizo que el avión se posase blandamente en el suelo. Se puso en pie y abandonó el puesto de pilotaje, enfrentándose con los terrestres.

Enseguida ordenó que conectasen la máquina traductora.

—Os ruego dispenséis lo que está sucediendo. Debo pediros mil disculpas por lo que me veo obligado a hacer con vosotros, pero espero que con el tiempo lleguéis a comprenderme. Entonces sabréis que todo lo hice por vuestro propio bien en primer lugar y por el de ambos planetas en segundo. Venid conmigo, por favor.

Salieron del avión y siguieron a Andro. Éste caminó una docena de metros, encaminándose hacia el muro en que, aparentemente, concluía el túnel. Uno de los soldados abrió una puerta practicada en la pared y, a una indicación de Andro, Howard y la muchacha franquearon el umbral.

CAPÍTULO VIII

E

staba Howard hecho una furia.

Interrumpiendo sus veloces paseos a lo largo y a lo ancho de la habitación, se detuvo, mirando a Tatiana con aire colérico.

Extendió su dedo índice hacia la muchacha.

—¿Sabes lo que te digo, Tatiana? —barbotó—. Pues que ya estoy más que harto de mi encierro. Tengo ganas de salir de aquí, tengo ganas de respirar aire puro, de pasearme, de bañarme en el mar; quiero conocer a las gentes de este planeta, hablar con ellas, aprender su historia, conocer su civilización…

—¿Y no lo haces aquí? —preguntó la muchacha, indolentemente reclinada sobre un cómodo diván.

Howard soltó un bufido y volvió a sus paseos. Tatiana entonces

se puso en pie y se le acercó con aire suplicante, tomándole por un brazo.

—Ho —dijo suavemente.

El joven la miró. Tatiana había cambiado sus ropas de vuelo por una especie de túnica corta, que le llegaba más arriba de las rodillas; los brazos los llevaba también completamente al descubierto. Una cinta escarlata rodeaba sus cabellos, los cuales habían crecido bastante en los dos meses que llevaban encerrados en el túnel submarino. Estaba realmente encantadora, a pesar de no ser una belleza en la total acepción de la palabra y Howard hubo de reconocerlo así, a su pesar.

—Durante todo este tiempo no nos hemos separado —sonrió la muchacha—. Me parece que ello te ha impedido sentir demasiado hastío, ¿verdad?

Howard refunfuñó algo entre dientes. Ella se empinó sobre las puntas de sus livianas sandalias y le besó en una mejilla.

—Ten paciencia —dijo—. Andro vendrá pronto a sacarnos de aquí.

—¿Y cómo? —masculló él—. Nos dejó encerrados y desde entonces se ha olvidado por completo de nosotros. Aquí estamos, abandonados a nuestros propios medios…

—Y con una docena de sus hombres como escolta —objetó la muchacha—. Fíjate, además, que la habitación es amplia. Tenemos varios cuartos para nuestro uso exclusivo; televisión, por medio de la cual estamos al corriente de cuanto sucede en Hermionna, ya que el aparato está conectado, como los demás, a una traductora. Tenemos también infinidad de carretes de hilo microfilm, con su correspondiente proyector, con el cual podemos proyectar películas y obras literarias de este mundo; la comida es sana, abundante y agradable… ¿qué más podemos pedir?

—Salir de aquí —gruñó él hoscamente—. Hace dos meses que Andro nos dejó, prometiendo volver y ¡hasta ahora nada! ¿Te parece a ti que eso es una manera correcta de obrar y de comportarse con nosotros?

—El ambiente político de Hermes está muy enrarecido —declaró la muchacha—. Tú mismo has podido ver que se han producido motines y algaradas en las calles de la capital.

Howard soltó una agria risita.

—¡Y todo por dos extraños, que somos tú y yo! Si esto ocurriese a la inversa, es decir, en nuestro planeta, habría bofetadas por entablar relaciones con los herme... hermi... bueno, ¡como se llamen los habitantes de este condenado mundo! —terminó por explotar el joven.

Tatiana sonrió suavemente, al mismo tiempo que le acariciaba una mejilla.

—Sé paciente, querido —dijo—. Tengo la esperanza de que esta situación no puede ya prolongarse mucho. ¿Quién podrá decir lo mismo que tú, Ho? El primer hombre de la Tierra que entabló relaciones con los habitantes de un mundo extraño. Y en este tiempo, entre otras muchas cosas, has podido aprender ya su idioma de modo que apenas si necesitas la traductora. Espero que si un día volvemos a la Tierra, nos nombren sus embajadores. ¿Te das cuenta del éxito que esto supondría para nosotros dos, eh?

Howard meneó la cabeza con aire sombrío.

—¡La Tierra! —murmuró—. Mi planeta tiene muchos defectos, pero he nacido allí y lo quiero. Llevamos dos meses; ya nos habrán dado por muertos.

—¿Tienes familia que te espere? —preguntó la muchacha.

—No. Es decir, sí, unos tíos lejanos...

Tatiana se echó a reír.

—Y tan lejanos. Bueno, no te echarán mucho de menos. Yo tampoco tengo familia. Por tanto, nadie nos llorará. —Le abrazó apasionadamente—. Te quiero, Howard, te quiero. Tú eres ahora mi única familia y no sé qué sería de mí si llegases a faltarme.

Howard desarrugó por fin el ceño y se inclinó sobre la muchacha. Los labios de ambos se unieron en un fuerte beso.

Así permanecieron unos momentos. Después, ella se separó al mismo tiempo que decía:

—Es ya la hora del noticiario. Escuchemos las novedades del día.

Howard asintió. El aparato de televisión estaba empotrado en una de las paredes de la estancia, sobria y elegantemente amueblada. Dio media vuelta al contacto y la pantalla se iluminó de inmediato.

Un hombre de agradable aspecto apareció en la pantalla. Los dos jóvenes se sentaron frente a la misma, con los auriculares puestos

sobre los oídos.

—... y se espera que pasado mañana —decía el locutor— se reúna el Gran Rectorado del planeta para decidir de una vez sobre tan candente cuestión. Los dos extranjeros siguen escondidos en algún lugar ignorado, cosa que ha motivado los más dispares comentarios entre los habitantes de nuestro mundo, además de numerosos desórdenes y alborotos que en los últimos días han logrado ser sofocados por completo. A pesar de todo, y aunque en los primeros días los aislacionistas celosamente mantenedores de las gloriosas tradiciones de nuestro planeta, parecía que iban a triunfar, poco a poco han ido perdiendo terreno, no sólo en el ánimo de nuestros conciudadanos, sino en el de los componentes del Gran Rectorado, la mayoría de los cuales parece se inclina por el establecimiento de relaciones con los habitantes de ese enorme planeta, al que sus moradores llaman Tierra...

Tatiana palmoteó gozosa.

—Triunfamos, triunfamos —exclamó—. Andro se está saliendo con la suya. —Abrazó fuertemente a Howard y le besó en un lado de la cara—. ¿Lo ves? Pronto seremos libres, podremos viajar por este planeta, aprender todo lo que tienen que enseñarnos y, finalmente, ¡regresar a la Tierra!

—¿En qué nave? —preguntó él sombríamente.

Tatiana exclamó:

—¿Y tú me lo preguntas? Andro dijo que conocían los secretos de la astronáutica. No es aventurado, pues, suponer que...

La muchacha se interrumpió de pronto. Un ruido extraño acababa de sonar en el exterior.

Los dos jóvenes se incorporaron rápidamente, volviendo la cabeza hacia la puerta de la estancia. Un rumor de lucha llegó hasta sus oídos.

—¡Ho! —gritó ella, alarmada—. ¿Qué sucede?

Sonó algo muy parecido a una detonación. Alguien emitió un horrendo grito de agonía. El ruido de un cuerpo al desplomarse en el suelo llegó distintamente hasta sus tímpanos.

La puerta se estremeció rudamente con el choque de un cuerpo humano. Más gritos y estampidos volvieron a oírse. Algo atravesó el paño de la puerta, abriendo en ella un boquete del tamaño de un puño.

—¡Échate al suelo! —gritó el joven, al mismo tiempo que agarraba con las manos una banqueta.

Bruscamente, la puerta se abrió con terrible violencia. Dos cuerpos fueron proyectados al interior. Uno de los soldados quedó instantáneamente exánime en el suelo, vomitando gran cantidad de sangre por la boca. El otro se sentó y empegó a disparar su extraño fusil, por cuyo cañón brotaban brillantes llamaradas verdosas, acompañadas de sordas detonaciones.

Al otro lado había también alguien que disparaba. Un proyectil alcanzó de lleno la cabeza del soldado, deshaciéndosela literalmente en un repugnante estallido de sangre, huesos y masa encefálica. Tatiana sintió unas náuseas terribles al presenciar el horrendo espectáculo que se había desarrollado a dos metros apenas de distancia.

Franqueado el último obstáculo, los asaltantes irrumpieron en la estancia. Eran media docena, encabezados todos ellos por un gigantón de casi dos metros de altura y ojos feroces, el cual les miró con aire irritado.

El gigante movió el brazo, enseñando perentoriamente la salida. Howard se inclinó, ayudando a que Tatiana se incorporase.

—Ven —dijo—, no temas.

La muchacha procuró dominar valerosamente el miedo que sentía. Apoyándose en el brazo de Howard, echó a andar.

Salieron de la habitación, cruzando unos pasillos hasta llegar a la puerta que daba al túnel, franqueándola igualmente. Entonces, los ojos del joven descubrieron un aeroplano posado en el suelo, idéntico al que había sido utilizado para traerles allí.

Howard no pudo contenerse y se enfrentó con el gigante.

—¿Qué es lo que queréis de nosotros? —preguntó—. ¿Adónde nos lleváis?

—Pronto lo veréis —contestó el gigante con gesto venenoso.

—¿Te has dado cuenta de que estamos aquí contra nuestra voluntad, de que no deseamos inmiscuirnos en vuestras luchas internas y de que, en fin, deseamos volver cuanto antes a nuestro planeta?

—Lo sé perfectamente —contestó el otro—. Pero también sé que, consciente o inconscientemente, sois la causa de nuestras luchas y disensiones, y debéis ser eliminados para que vuelva la paz

a nuestro planeta. Y basta ya de charla.

El gigante hizo una seña y cuatro individuos fornidos se arrojaron a una sobre la pareja, sujetándolos antes de que pudieran oponer la menor resistencia. Howard chilló y vociferó, pero de nada le sirvieron sus esfuerzos. En unión de Tatiana fue arrastrado hasta el avión, en uno de cuyos asientos quedó sólidamente amarrado.

El aparato se elevó del suelo, volando lentamente hacia la salida. El gigante maniobró exactamente igual que Andro, aunque, desde luego, en sentido diametralmente opuesto, y unos minutos después se hallaban en la superficie de las aguas.

A través de las lucernas, Howard pudo ver otros dos aparatos flotando a corta distancia del suyo. Unos instantes más tarde, el terceto de aviones emprendía el vuelo raudamente, con dirección desconocida.

Navegaron durante varias horas, siempre por encima del mar. En una ocasión pasaron por encima de una inmensa extensión de hielo, lo que dijo al joven que aquel debía ser uno de los polos del pequeño planeta. Más tarde, el hielo dejó nuevamente paso al mar libre y al fin apareció la costa.

El terreno empezó siendo muy irregular y accidentado. Salvaron una elevada cadena de montañas, que corría paralela y próxima a la costa, y luego una enorme extensión de tierra amarilla y desolada apareció ante sus ojos.

El avión comenzó a descender. Howard creyó comprender las intenciones de aquel individuo que les había raptado.

Mientras el aparato giraba en espiral perdiendo altura, el gigante se les acercó.

—Lo siento —manifestó—, pero hemos de abandonaros ahí.

Howard frunció el ceño.

—No acabo de entenderte, grandullón —dijo—. ¿Por qué no nos has matado allí mismo, en la habitación submarina?

—Necesitamos dar un escarmiento a los expansionistas. Mataros allí habría sido demasiado fácil y sencillo. Abandonados en ese desierto, podréis meditar acerca de los inconvenientes que tiene el obrar contra nuestra tradición de aislamiento en el sistema solar.

Howard comprendió que se hallaba ante un peligroso fanático, en cuyo cerebro no cabían razonamientos opuestos a sus ideas sustentadas con tanta tenacidad. No obstante, trató de realizar un

último esfuerzo.

—Nosotros no vinimos aquí por nuestra propia voluntad —declaró—. Fuisteis vosotros, es decir, Andro y sus amigos, los que atrajeron nuestra nave hasta Hermion. ¿Por qué hemos de pagar culpas ajenas?

—Con vuestra muerte, Andro y sus compinches desistirán de obrar igualmente en la próxima ocasión.

«Próxima ocasión», se fijó Howard en aquellas dos palabras, especialmente subrayadas por el gigante. ¿Qué había querido decir con esa frase de oscuro significado?

Pero ya no recibió más respuestas a sus repetidas interrogantes. El individuo volvió al puesto de pilotaje, haciendo aterrizar el avión con su habilidad.

Desde su asiento, Howard contempló la infinita desolación de aquella llanura que se extendía infinita en cualquier dirección a que se dirigiese la vista. Se estremeció al pensar en los horribles sufrimientos que padecerían por la sed y el hambre antes de morir. La imagen de una Tatiana depauperada y enflaquecida por las privaciones acudió de inmediato a su cerebro y una cólera sorda, pero terrible, anegó su corazón, haciéndose el firme propósito de no rendirse sin luchar.

Aguardó, crispando las manos en torno a los brazos del sillón. El avión no tardó mucho en tomar tierra.

Entonces, uno de los soldados abrió la escotilla y saltó fuera, seguido por dos de sus compañeros. En el interior quedó el gigante con otros dos esbirros.

Uno de éstos se inclinó sobre el joven para soltarle las correas. Howard contuvo el aliento, disponiéndose a actuar. Si iba a morir, prefería hacerlo de un rápido y misericordioso disparo, antes que sufrir largamente por el hambre y la sed.

En cuanto sintió las correas flojas, asió por ambos brazos al soldado, obrando rápidamente y por sorpresa. Tiró del individuo hacia sí con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza.

Su frontal chocó contra las narices del individuo, haciéndole prorrumpir en un alarido de dolor. Howard repitió el golpe, sintiendo infinita satisfacción al sentir el crujido de unos cartílagos. El esbirro se desplomó al suelo sin sentido.

—¡Qué! —aulló el gigante, abalanzándose sobre el joven.

Mas ya no había fuerza humana que pudiese contenerle. Distendiendo los músculos de sus piernas, se arrojó contra el gigante, al mismo tiempo que abría los brazos.

Nuevamente utilizó su cabeza como improvisado ariete, alcanzando al gigante bajo la mandíbula. Crujió la quijada siniestramente y el hombre se derrumbó convertido en una masa inerte.

En aquel momento sonó un grito.

—¡Cuidado, Ho!

Era Tatiana, aún ligada a su sillón, la que le advertía de un nuevo ataque de su tercer antagonista. El esbirro tenía en sus manos un fusil de ancha boca con el cual apuntaba directamente al joven.

Howard se vio perdido. Aún contando con el sexto de gravedad de Hermes, la distancia era excesiva para intentar una reacción que le llevase hasta su enemigo. Éste pareció comprender los pensamientos del joven y sonrió torcidamente, mientras se llevaba al hombro la culata del arma.

Pero entonces surgió providencial el pie de la muchacha. Tatiana hizo un supremo esfuerzo y golpeó al esbirro en el costado, haciéndole trastabillar y perder el equilibrio. El individuo fue tropezando hasta el lado opuesto, viéndose obligado a soltar el fusil para agarrarse con ambas manos a uno de los sillones, para no caer al suelo.

Howard no le dejó recuperarse.

—Gracias, muchacha —gritó, en tanto se arrojaba sobre el arma caída en el suelo.

El soldado quiso recogerla también, pero llegó una décima de segundo más tarde que Howard. Éste vio que no tendría tiempo de disparar el fusil, pero se dijo que también había otros medios de utilizarlo. En consecuencia, levantó rapidísimamente las manos, con lo que el cañón del arma fue a estrellarse contra el rostro del esbirro.

Sin embargo, todavía no podían considerarse libres. Mientras el individuo se derrumbaba, Howard saltó hacia adelante. Todavía quedaban tres en el exterior, los cuales, atraídos por el rumor de la lucha, regresaban al aeroplano.

El joven se plantó en la puerta con el fusil en las manos.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás o disparo!

Uno de los esbirros del gigante levantó su fusil. Howard presionó el disparador.

Lo que ocurrió entonces le dejó boquiabierto. Aquel fusil era un arma de manejo completamente desconocido para él y en lugar de salir un proyectil como esperaba, lo que hizo fue soltar una terrible descarga que despedazó literalmente al individuo, convirtiéndolo en un instante en una lluvia de sangrientos fragmentos de carne y huesos que se esparció de modo repugnante por el suelo del desierto.

Howard no aguardó a pensar mucho sobre la extraña forma de actuar de aquel fusil. Lo volvió hacia los otros dos supervivientes, pero ante su infinito asombro -y alivio- vio que éstos levantaban los brazos al cielo.

«Las cosas hay que machacarlas en caliente», pensó. Y acto seguido levantó la voz:

—Vamos, entrad en el aeroplano y limpiadlo de estorbos inmediatamente.

Amedrentados por su actitud, los dos supervivientes penetraron en el interior del aparato, celosamente vigilados por Howard, y extrajeron de él los inconscientes cuerpos del gigante y sus esbirros. Una vez libre de sus captores, Howard les ordenó se alejasen a suficiente distancia del avión como para no temer reacción alguna.

Entonces cerró la puerta y corrió hacia el puesto de pilotaje.

—¿Qué vas a hacer? —gritó la muchacha desde su asiento.

—Largarme de aquí, naturalmente —contestó Howard, manipulando en los controles del aparato, después de desatar a la muchacha.

—Pero ¿ya sabes pilotar este avión?

—Me he fijado un poco en las dos veces que hemos viajado en él y debes recordar que, además de astronauta, soy también piloto de aeronaves terrestres. Creo que podremos despegar...

—¿Estás seguro de ello? —inquirió la muchacha con un tono extraño de voz que hizo a Howard volver la cabeza.

Tatiana señaló hacia arriba con el dedo índice apuntando fuera de la ventanilla.

Howard se estremeció.

Se había olvidado de los dos aviones de escolta, los cuales,

advertidos al parecer de lo que había ocurrido en el suelo, picaban velozmente hacia ellos.

CAPÍTULO IX

No tuvo tiempo de empuñar los mandos. Algo relampagueó muy cerca del avión, sacudiéndolo con terrible estrépito. Crujidos de metal desgarrado sonaron en los oídos del joven, en tanto que veía una nube espesa de humo alzarse del lugar donde había sonado la explosión.

Un segundo estallido sonó en el lado opuesto al anterior, pero aún más cerca del avión, que volvió a estremecerse horriblemente. A continuación, los dos jóvenes pudieron escuchar el chillido de los aeroplanos atacantes, los cuales se elevaban raudamente en el aire para lanzarse rápidamente a un nuevo asalto.

Se puso en pie y tomó el fusil.

—Tatiana —gritó—, vámonos de aquí o de lo contrario nos matarán.

La muchacha asintió sin hacer la menor objeción. Abrieron la portezuela y saltaron fuera.

Una vez en el exterior, Howard miró hacia arriba. Los aviones aislacionistas estaban trepando todavía en busca de la altura necesaria para poder lanzar una segunda descarga con todas las probabilidades a su favor.

—Corramos —dijo tomando de la mano a la muchacha.

Se alejaron del ya semidestruido avión, corriendo a toda la velocidad posible.

Al pasar, entrevieron los cuerpos destrozados del gigante y de sus compañeros, los cuales, desgraciadamente para ellos, habían permanecido demasiado cerca de las explosiones. Pero aquellos individuos habían querido matarles y Howard no sintió la menor compasión.

En la mano llevaba el fusil que arrebatara a uno de los guardias. Los otros dos supervivientes también corrían desesperadamente, pero en dirección diametralmente opuesta. De pronto, ella lanzó un

grito.

Dijo:

—¡Cuidado, Ho, ahí vuelven!

El joven se detuvo. Volvió la vista.

—Tiéndete en el suelo —ordenó. Empuñó el fusil con mano firme, dispuesto a defender caras sus vidas.

Uno de los dos aparatos picó hacia el que se hallaba averiado en el suelo, destruyéndolo con una certera descarga. Los trozos del aeroplano volaron en todas direcciones.

El otro cargó contra ellos. Bajó a toda velocidad. Howard se vio perdido, pero no quiso morir sin antes vender cara su vida. Levantó el arma y, apuntando a la aeronave, presionó el disparador todo cuanto pudo.

Apenas si oyó el ruido ni pudo ver nada que no fueran los verdosos fogonazos del extraño fusil. Pero, de pronto, la onda expansiva de una poderosa explosión le derribó por tierra.

Sacudió la cabeza, tratando de recuperarse. Cuando, al fin, pudo enfocar de nuevo sus pupilas, sólo pudo ver una nube de humo negro en el lugar donde antes había estado el avión atacante.

El otro ya no se molestó en disparar más contra ellos. Dio un par de vueltas en círculo, a buena altura, temiendo sin duda la reacción de los que se hallaban en el suelo, y luego se alejó hacia el mar.

Un hondo silencio sucedió al estruendo anterior. Sentados como estaban, Howard y Tatiana se abrazaron estrechamente, permaneciendo así unos segundos. Eran felices; al menos, habían salido con bien de aquel duro trance.

Pero muy pronto se impuso la realidad de las cosas. Era preciso hallar un medio de salir de aquel desierto que no parecía tener límites.

Howard ayudó a la muchacha a ponerse en pie. Después celebraron un consejo de guerra.

—Creo —dijo él—, que no nos conviene marchar en la misma dirección que hemos traído. Acabaríamos en el mar y la navegación no parece ser el fuerte de estos tipos. Por otra parte, está el polo y con las ropas que llevamos no podríamos sobrevivir al frío.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo ella. Señaló a los dos individuos, cuyas siluetas apenas eran ya perceptibles—. Esos tipos no vuelven por donde vinieron. Seguramente conocen algún medio

de evadirse o salir del desierto. Sería conveniente que los siguiéramos; de este modo, ellos podrían conducirnos a zona habitada, ¿no te parece?

—No tengo nada que oponer, cariño —dijo Howard—. Hagámoslo como has dicho.

De pronto, se fijó en una cosa.

—¿No te has dado cuenta de que la temperatura no es tan alta como cuando llegamos, Tatiana?

Ella asintió, al mismo tiempo que volvía el rostro hacia el sol que ya empezaba a descender por el horizonte. Lo vieron de un tamaño mucho menor que el que le correspondía ya que, aproximadamente, hubiera debido presentar el mismo que contemplado desde la Tierra.

—Estamos ahora muy lejos del Sol —dijo ella—. Ten en cuenta que Hermes describe una órbita muy excéntrica y que si en su perigeo solar mantiene, aproximadamente, la misma distancia que la Tierra, en el apogeo debe alcanzar, en vez de ciento cincuenta millones de kilómetros de distancia, que es la medida de la Tierra al Sol, acaso tres o cuatro veces más.

Howard lanzó un prolongado silbido.

—¡Seiscientos millones de kilómetros! —dijo—. ¡Menudos inviernos deben pasar aquí estos tipos!

—Sin duda debimos llegar aquí a finales del verano. Recuerda que cuando partimos de nuestro planeta, en el hemisferio norte estábamos a principios de septiembre.

—Es cierto —concordó él. Se echó el fusil al hombro y la tomó por el brazo—. Bueno, ¿qué tal si echásemos a andar detrás de esos granujas?

Caminaron hasta que la luz del sol se hubo ocultado por completo. El frío descendió sobre el suelo de Hermes de tal manera, que los dos creyeron morir congelados durante la noche. Su estado era pésimo al nacer el nuevo día, tanto por las horas que llevaban sin ingerir el menor alimento, como por el espantoso frío que habían pasado durante la noche.

Reemprendieron el camino, ateridos y debilitados. Howard empezó a pensar con terror en lo que les sucedería solamente después de cuarenta y ocho horas -había podido darse cuenta de que el día de Hermes era más o menos como el de la Tierra.

* * *

Tres días más tarde, Tatiana se dejó caer en el suelo, incapaz de seguir dando un paso.

Howard se arrodilló a su lado. Ella le miró con ojos implorantes.

—No me dejes pasar otra noche tan terrible querido —murmuró con voz apenas audible—. Tienes un fusil; úsalo contra mí.

Howard la estrechó entre sus brazos, procurando infundirle un poco del calor de su propio cuerpo.

—Todavía estás viva, querida —dijo—. Solo haré tal cosa… si viera absolutamente que no hay otro remedio. Sigamos.

Pero ella se negó a dar un solo paso. Entonces, Howard tiró el rifle a un lado e inclinándose, la tomó entre sus brazos. Reanudó la marcha, pero no había dado media docena de pasos, cuando de pronto, un sonido familiar llegó a sus oídos.

Se volvió. Media docena de aviones avanzaba raudamente hacia ellos, cubriendo una amplísima extensión de terreno. Los aeroplanos parecían estar entregados a una frenética búsqueda por el inmenso desierto.

Howard dejó a la muchacha en el suelo y empezó a agitar los brazos frenéticamente. Uno de los aviones perdió altura y velocidad, dirigiéndose directamente hacia él.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! —dijo el joven fervorosamente.

Y no le extrañó en lo más mínimo, cuando el aparato se hubo posado sobre el suelo, ver salir a Andro por la portezuela.

Andro corrió hacia él y le abrazó efusivamente.

—¡Amigos! —exclamó—. ¡Cuánto lo siento! Fue… algo horrible cuando me enteré de lo que os había sucedido. Desde entonces os hemos estado buscando por todas partes. Ya creíamos haber perdido la esperanza.

—Afortunadamente, aún vivimos —sonrió Howard—. Pero Tatiana está muy débil.

—La llevaremos al avión. Allí tenemos de todo cuanto necesita para que se reponga satisfactoriamente.

Howard tomó nuevamente a la muchacha en sus brazos, transportándola hasta el avión con infinita suavidad. Una vez dentro, un individuo que tenía todo el aspecto de un médico, se dedicó a cuidar a la muchacha.

Howard comió y bebió a su entera satisfacción, sintiendo que

recuperaba rápidamente sus fuerzas. Tatiana recobró rápidamente sus colores y le sonrió cariñosamente.

Mientras el avión volaba con rumbo desconocido para ellos, Howard asaeteó a peguntas a Andro. Éste no tenía muy buenas noticias que darle.

—Los rectores del planeta han aplazado el debate sobre el establecimiento de relaciones con la Tierra hasta dentro de diez meses.

Howard respingó:

—¿Por qué tanto tiempo?

—Porque es la fecha en que Hermion volverá a situarse, como cada año, en el perigeo terrestre; esto es, a setecientos mil kilómetros de distancia de vuestro planeta, éste será el momento adecuado para que volváis a la Tierra, sabiendo si podéis regresar o no a Hermes. De todas formas, desde aquí puedo garantizaros el viaje.

Howard asintió, sumamente pensativo.

—Claro —dijo. De pronto, preguntó—: Andro, supón que una vez que volvamos a la Tierra denunciamos vuestra existencia. Si la votación resulta adversa al establecimiento de relaciones, ¿cómo podríais impedir que enviásemos astronaves en ruta hacia Hermion?

Andro sonrió imperceptiblemente.

—Desde tiempo inmemorial estamos pasando muy cerca de la Tierra. Vuestros astrónomos no han sabido descubrirnos hasta ahora, merced a la envoltura gaseosa del planeta. Nunca podrían localizarnos vuestras naves, si nosotros no lo quisiéramos.

—Está bien —contestó el joven—. Será preciso tomarlo con filosofía. Pero —añadió vivamente— espero no aparezcan tipos como ése que quería dejarnos morir de hambre y sed.

—Aquello —respondió Andro, grandemente apesadumbrado— fue cosa de un grupo de exaltados, condenados por los de su mismo partido. No temáis, nadie os causará ya el menor daño. Se os acepta como huéspedes nuestros y podréis ir libremente donde más os antoje, en espera únicamente de la decisión que adopte el Gran Rectorado poco antes de finalizar el año de vuestra estancia en Hermion.

—¿Y cómo volveremos a la Tierra? —inquirió Howard.

Andro sonrió imperceptiblemente.

—Confía en mí —dijo—. Ciertamente, no os faltarán medios para hacerlo.

* * *

Tatiana se repuso prestamente de las penalidades sufridas en el desierto. Era joven y de naturaleza robusta y pronto desaparecieron de su rostro las huellas de sus sufrimientos.

Después de aquello, poco más les quedaba por hacer. Alojados en un sencillo pero bien decorado edificio, como huéspedes preferidos de Hermion y su gobierno, bien pronto se comportaron como un par de ciudadanos más de aquel planeta, cuyo idioma hablaban ya con soltura al poco tiempo de hallarse en Hermionna.

Admiraron las ciudades del planeta, grandes, amplias y bien cuidadas, recorriendo los puntos más pintorescos de Hermes. Fueron unos meses de intenso aprendizaje, durante los que conocieron la gigantesca civilización de aquel mundo tan pequeño y tan adelantado al mismo tiempo. Hicieron muchos amigos y entablaron gran cantidad de relaciones, de tal modo, que cuando llegó el momento de la partida, sólo el recuerdo de que volver a la Tierra era considerado por ellos como un deber, les impidió quedarse allí a vivir definitivamente.

El sombrío invierno de Hermes transcurrió lentamente. Para la defensa del frío, cuando el sol alcanzaba muy cerca de los seiscientos millones de kilómetros de distancia, las ciudades quedaban cubiertas con grandes cúpulas que proporcionaban un clima artificial a las gentes que vivían bajo ellas.

Al fin llegó la hora del debate tan largamente esperado. Éste se celebró en sesión secreta, de modo que Howard y Tatiana no pudieron enterarse de nada hasta que, como delegado de los Rectores de Hermes, Andro compareció ante ellos.

Las noticias que Andro traía no podían ser más sorprendentes.

—El Gran Rectorado ha decidido dejaros en libertad de acción —manifestó.

—¡Cómo! ¿Qué significa eso? —exclamó Howard incrédulo—. ¿Quieres explicarte, por favor?

—No puedo ser muy explícito —contestó Andro—; lo tengo prohibido. Lo único cierto es que tenéis permiso para volver a la Tierra y comunicar vuestro descubrimiento… o callarlo, según sea vuestro deseo.

—Encuentro un poco raro todo esto —exclamó Tatiana.

Andro dijo:

—Lo siento; es todo lo más que puedo deciros. Únicamente os haré resaltar la decisión de los Rectores, que es dejar en vuestras manos el establecimiento de relaciones entre las gentes de ambos planetas.

—Sí que confían en nosotros —comentó Howard, todavía no repuesto de la sorpresa.

Andro sonrió imperceptiblemente.

—Os hemos estado observando durante todo este tiempo —dijo —. Sabemos que, naturalmente, tenéis defectos, como todo ser humano, pero vuestras virtudes superan bastante a aquéllos. Sin poder añadir una sola palabra, puedo adelantar desde aquí que obraréis de la forma más conveniente para ambos mundos.

Cuando se hubieron quedado solos, Howard y Tatiana se miraron. La muchacha dijo:

—¿Qué habrá querido decir con esas palabras, Ho?

Él se encogió de hombros, al mismo tiempo que la atraía hacia sí. Dijo:

—No lo sé, ni me importa, Para mí lo único interesante en este mundo eres tú, y después, a mucha distancia, nuestro regreso a la Tierra. Teniendo ambas cosas garantizadas, ¿qué más puedo pedir?

Ella suspiró, al tiempo que apoyaba su cabeza en el pecho del amado.

Exclamó:

—Sí, tienes razón. ¿Qué más puede pedirse para ser feliz?

* * *

Al descender del avión, Howard parpadeó, deslumbrado.

No creía lo que veía.

—¡Dios mío! —murmuró—. No, esto no puede ser posible. Tatiana, pellízcame, dime que no sueño, pégame un golpe, haz lo que quieras; pero, por favor, despiértame.

La muchacha se echó a reír. Andro, a su lado, también reía.

El asombro de Howard tenía justificación. Su nave, la “Around the Moon”, se erguía en el mismo lugar en que aterrizaron, nueva, flamante, reluciente su casco liso y pulido bajo los rayos del sol que brillaba flamígero en lo alto del cielo, sobre sus cabezas.

Howard se volvió hacia su amigo con la emoción reflejada en su

rostro.

—Andro, Andro —exclamó—. ¿Cómo habéis hecho esto?

Andro sonrió:

—Tenemos expertos —contestó el nativo llanamente—. Ellos fueron los que repararon la nave, poniéndola en perfecto estado de funcionamiento. Ahora la tenéis como si acabara de salir de vuestros astilleros astronáuticos... con algunas ligeras modificaciones.

Howard se extrañó.

—¿Modificaciones? —exclamó el joven—. Yo la veo igual.

Andro explicó:

—Quiero referirme a sus mecanismos interiores. En primer lugar, os hemos cambiado, parcialmente, los motores y bombas, de modo que puedan consumir nuestro carburante. De éste os hemos puesto una provisión suficiente para ir y volver hasta los límites del sistema solar sin necesidad de repostar en ningún planeta.

—¡Qué bárbaros! —exclamó Howard pintorescamente, sin poder contenerse—. ¿Qué clase de carburante es ése que usáis?

El nativo hizo un gesto vago.

—Llevaría demasiado tiempo explicártelo y puede que aún así no lo comprendieses —contestó Andro—. Lo único que te diré es que toda su energía es aprovechada íntegramente por los propulsores de la nave, en contraposición con vuestros sistemas de impulsión, que desperdician demasiado. Esto es lo que, con la misma cantidad y volumen, permite alcanzar tan largas distancias. Y la Tierra no está tan lejos, que yo sepa.

Howard Gregson miró oblicuamente a su interlocutor.

—Tú quieres que volvamos —dijo con cierto tonillo acusador.

Andro sonrió.

—Eso queda de vuestra cuenta, como el establecimiento de las relaciones entre los mundos de ambos planetas. Sois vosotros los que decidiréis acerca de ambos extremos, aunque —añadió—, en confianza, diré que espero hagáis lo primero.

—¿Quiere eso decir —preguntó la muchacha, también grandemente intrigada—, que habremos de regresar a Hermion sin decir nada acerca de vosotros?

Dijo:

—Así lo espero.

Tatiana preguntó:

—¿Por qué?

Andro dijo:

—Si os dijese las causas, quizá me tacharíais de visionario, embaucador, mentiroso y quizás un montón de cosas más. Prefiero que lo hagáis por vuestra cuenta. Apresuraos, la hora de la partida está ya cercana —concluyó Andro.

Al pie de la escalerilla de acceso a la nave, Andro les hizo todavía una última recomendación.

—Se me olvidaba deciros una cosa. Tendré siempre hombres de guardia ante nuestros detectores. Hemos instalado en vuestra nave un potente transmisor de radiotelevisión que os permitirá entrar en contacto conmigo si resolvéis volver a Hermion. Pero no lo uséis si pensáis quedaros en vuestro planeta.

Estrechó las manos de la pareja.

—Adiós —dijo, evidentemente conmovido, y dando media vuelta se separó de la nave.

Una vez en sus literas, Tatiana preguntó:

—¿Qué habrá querido decir con esas frases tan enigmáticas, Ho?

El joven se encogió ligeramente de hombros con indiferencia.

—Quizá —contestó— lo averigüemos dentro de cinco días.

Y así fue.

CAPÍTULO X

El débil resplandor de las estrellas no era suficiente para despejar las intensas tinieblas que reinaban aquella noche sobre la Selva Nacional de Shoshone, en el estado de Montana.

El guarda forestal que se hallaba de servicio vio a lo lejos una luz que descendía hacia el suelo. Enfocó sus potentes prismáticos hacia aquel punto, pero la luz había desaparecido ya. El forestal se encogió de hombros, pensando para sus adentros que lo que acababa de ver era una estrella fugaz, como había visto caer millares de ellas en sus muchos años de profesión. Luego dirigió sus gemelos hacia otro punto, olvidado instantáneamente del incidente.

A unos veinte kilómetros de distancia de aquel lugar, Howard abrió la escotilla del cohete y empezó a respirar a pleno pulmón.

—Aire de la Tierra, querida, aire de la Tierra —repetía una y otra vez.

Ella se le acercó, apoyando una mano en su hombro. Ambos se sentían pesados y lentos, desacostumbrados a la gravedad de la Tierra, después de haber permanecido un año entero en un planeta tan ligero como Hermes.

—Es maravilloso estar nuevamente en casa —dijo ella—. Pero ¿por qué no habrán contestado a nuestras llamadas? —preguntó.

—Habrán creído que se trataba de un bromista —respondió él—. Sin embargo, no tardarán en reconocer su error cuando nos hayan visto.

—Éste no es el punto donde debías aterrizar a tu regreso del viaje circunlunar, Ho —objetó la muchacha.

—No me señalaron lugar de aterrizaje, sino la manera de hacerlo sin romperme la crisma. Y esto, me parece, se ha conseguido, ¿no crees?

Ella asintió. De pronto, algo chasqueó a sus espaldas.

Se volvieron. Tatiana exclamó:

—¡Ho, hay indicios de radiactividad en esta zona!

El joven se acercó al contador Geiger y lo examinó unos segundos.

—Es muy débil —dijo—. Quizás haya un yacimiento de uranio no lejos de aquí. En todo caso, no debemos preocuparnos de otra cosa que de reponer nuestras fuerzas antes de emprender la marcha. No conozco la región, pero es casi seguro que tardaremos bastante antes de encontrar una carretera.

La carretera que encontraron al amanecer siguiente estaba desierta, cosa que extrañó no poco a Howard, acostumbrado al intenso tráfico rodado de los caminos de su país. Pero lo que más le extrañó todavía fue ver los baches y grietas que se habían producido en el asfalto, en muchos de los cuales crecía la hierba pródigamente.

—¿Qué es esto? —murmuró, asombrado.

A derecha e izquierda, la cinta gris del asfalto cauchutado de la autorruta se extendía rectamente, sin el menor signo de vida en ambos sentidos.

Tatiana sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda. Un terrible presentimiento asaltó su espíritu, pero se abstuvo de manifestarlo.

Caminaron durante un buen rato, en tanto que el sol iba levantándose sobre el horizonte. De pronto, la muchacha lanzó un grito:

—¡Ho, viene un coche!

El joven se volvió y se colocó de un salto en el centro de la carretera, agitando frenéticamente los brazos. El automóvil, un tipo viejísimo del año cuarenta y tantos, se detuvo a pocos pasos de ellos, con un horrendo fragor de hierros desencajados y vidrios mal sujetos.

Un hombre de gesto adusto asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué hay, amigos? —preguntó.

—¿Quiere llevarnos... a mi esposa y a mí? —preguntó Howard —. Nuestro... automóvil se estropeó y no conocemos la región.

—Suban —contestó el conductor lacónicamente—. Tendrán que hacerlo en el asiento delantero; el posterior está lleno de bultos.

El coche era relativamente amplio y los dos jóvenes se instalaron al lado del automovilista. El coche reemprendió la marcha dando tumbos.

—¿Qué pasa en esta carretera que está tan mal cuidada? —preguntó Howard.

—La guerra —contestó el hombre.

Howard y Tatiana se miraron, consternados. ¡La guerra! ¿Qué había sucedido en el año que habían permanecido ausentes?

Howard decidió tirar de la lengua al poco locuaz individuo, pero pensó que lo mejor sería hacerlo de una forma discreta. Le pidió un cigarrillo y el hombre le entregó un ajado y medio consumido paquete de una marca que no conocía.

—Éstos son nuevos —dijo.

—Sí —contestó el conductor—. Es la única marca que hay. Al acabarse la guerra, el gobierno fusionó todas las fábricas, como hizo con las demás industrias. Ahora creo que lo dejarán libre.

—Sí, claro —contestó Howard, volviendo a mirar a la muchacha.

Ésta le devolvió la mirada; aparecía muy pálida, pero no hablaba.

De repente, y cuando menos lo esperaban, al salir de una curva llegaron a una ciudad de poca extensión. Al entrar en ella, Howard creyó hallarse en uno de los poblados fantasmas del Oeste. Ruinas por todas partes, hierbajos asomando por suelos, puertas y ventanas, suciedad, polvo… Una garra de hielo oprimió el corazón del joven.

El conductor detuvo el coche en el centro de una maltratada plaza.

—Ya hemos llegado. Yo vivo aquí y como soy el único que tiene coche, me encargo de traer el correo y los pocos encargos de los contados vecinos que aún habitan en este pueblo.

Howard se apeó, ayudando a Tatiana a hacer lo propio. Después dijo:

—Quisiera pedirle aún un favor. ¿Puede dejarme cinco dólares? Los necesito para telefonear a unos amigos y poder comer algo…

El conductor le miró de hito en hito durante unos segundos. Luego soltó una agria carcajada.

Howard y Tatiana se quedaron paralizados, sin saber qué pensar de la extraña actitud de aquel individuo. Pero antes de que pudieran hacer el menor comentario, oyeron una voz:

—¡Eh, ustedes!

Se volvieron. Una mujer de mediana edad, gruesa y pesada, movía la mano desde el pórtico de una casa en bastante mejor estado que las demás.

—Sí, a ustedes me refiero. Vengan acá, por favor.

La pareja se acercó a la mujer. Ésta siguió:

—Necesito alguien que me limpie el jardín de malas hierbas. La casa necesita también un repaso. Si me echan una mano, les daré seiscientos dólares.

Howard fue a decir algo, pero ya había visto demasiado para poner ninguna objeción a lo que él juzgaba una oferta disparatada. ¡Seiscientos dólares solamente por un poco de limpieza en el jardín y la casa! ¡Aquella mujer estaba chiflada, evidentemente!

Pero se contuvo y tras un rápido cambio de miradas con Tatiana, contestó afirmativamente.

—Aceptamos, señora, y le damos las gracias. ¿Por dónde empezamos?

Al terminar, después de varias horas de intenso trabajo, la casa y

el jardín parecían otros. La mujer les entregó el precio prometido y agregó:

—Se han ganado un trozo de tarta y una taza de café. Entren.

La tarta parecía yeso y el café era agua sucia, pero consiguieron deglutirlos sin hacer demasiadas muecas. La mujer no hacia más que quejarse de la guerra.

Howard pidió un teléfono. La mujer dijo:

—No hay en la ciudad. El próximo está a treinta y cinco millas de distancia.

Se despidieron, saliendo a la calle hondamente pensativos. Caminaron unos metros hasta que Howard vio en una casa, la deteriorada figura de un indio anunciador de una tabaquería. Penetró y pidió un paquete de cigarrillos.

El tendero se lo arrojó por encima del mostrador, sin molestarse siquiera en levantar la vista del periódico que estaba leyendo. Howard le entregó un billete de cien dólares y esperó el cambio.

Aguardó unos instantes. Al fin, reclamó lo que creía era suyo.

El tendero dobló el periódico con aire irritado.

—¿Qué le pasa, amigo? Son cien dólares el paquete. ¿O es que desea alguna cosa más? —y, con gesto claramente irónico, señaló con la mano las estanterías de la tienda, vacías en su casi totalidad.

Howard no contestó. Tomó el brazo de la muchacha y salieron a la calle. Encendieron el cigarrillo con uno de los fósforos que había adheridos al paquete.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¿Qué habrá sucedido aquí?

—No lo sé —contestó él, ceñudo—, pero me parece que empiezo a comprender a Andro. Vayamos a la carretera —añadió—; hemos de ver si encontramos un medio de transporte que nos lleve hacia el este.

Reemprendieron la marcha. Era ya de noche cerrada cuando, de repente, la carretera se iluminó con el resplandor de unos faros de automóvil.

Nuevamente se repitió la escena anterior. Pero ahora no era un coche desvencijado, sino un poderoso camión, relativamente bien conservado, que se detuvo al ver los gestos de la pareja.

El conductor les acogió con más efusión que el otro.

—Suban, amigos —dijo—; el camino es largo.

Howard y Tatiana agradecieron la invitación.

Realmente, estaban fatigados, tanto por el trabajo, como por los kilómetros que habían caminado. El duro asiento les pareció hecho de plumas de ave.

Howard ofreció un cigarrillo al conductor, que parecía tener muchas ganas de hablar.

—Me llamo Bill, amigos —dijo—. Gracias; éste es un lujo que hoy no puede permitirse todo el mundo. ¡Esta maldita guerra!

—Durilla, ¿eh? —comentó el joven en tono intrascendente.

—Y que lo diga, amigo —declaró Bill—. Lo que hemos pasado, eso no lo sabe nadie. ¿Dónde estuvo usted?

Howard hizo un vago ademán con la mano, como queriendo indicar que había recorrido las cinco partes del mundo como actor de una conflagración cuyos escenarios ignoraba.

Bill se echó a reír.

—Por todas partes, ¿eh? A mí me tocó la china más dura. Europa. Estaba en Berlín y no paré de correr hasta los Pirineos. ¡Cristo, qué follón! Oh, dispénseme, señorita... ¿o señora?

—Señora —contestó Tatiana tras leve vacilación—. No se detenga por mí, amigo Bill. De modo que en los Pirineos.

—Y menos mal. Allí los pudimos detener... pero los estragos que hicieron las bombas... bueno, ustedes lo han visto. Mi padre estuvo en el Pacífico durante la pasada guerra, la del cuarenta y cinco. Dice que fue un juego de niños comparado con el lío que hubo de Alemania a los Pirineos.

—Los que se salvaron de las bombas tuvieron suerte —dijo Howard cautelosamente.

—Vaya usted a saber —respondió Bill con garrulería—. Dicen que eran limpias las que tiraron, por eso de la radiactividad, pero en algunos sitios están de radiación hasta el cuello. Yo, por si acaso, no me casaré. Dicen que ya empiezan a nacer chicos con dos cabezas y cosas así, ¿saben?

Howard tragó saliva y, maquinalmente, volvió a pensar en Andro. ¿Sabía éste lo que había sucedido en la Tierra?

Cerca del alba avistaron una ciudad.

—Yo me quedo aquí —dijo Bill—. Y ustedes, ¿van muy lejos?

—A Nueva York —contestó el joven. Había dormido un poco en la cabina y se encontraba relativamente descansado—. ¿Sabe usted

cuándo hay tren?

—Esta noche, a las siete y media. Con eso de la guerra, todos los servicios están todavía desorganizados. Por aquí también cayeron muchas bombas. De casi doscientos millones que éramos, apenas si quedamos cincuenta...

Howard sintió frío. ¿Qué terrible conflagración había sido aquélla?

Al llegar a la ciudad, Howard le entregó un billete de cien dólares. Bill lo rechazó tajantemente.

—Gracias, amigo. Para mí ha sido un placer y además no me he aburrido. ¡Adiós!

Cuando se quedaron solos, Howard y Tatiana discutieron sobre su actual situación.

—Me parece —dijo el primero— que acabaré por hacer caso a Andro y volveré a Hermes.

Tatiana no parecía muy conforme con aquella decisión.

—Estamos en Estados Unidos —dijo—. A mí me gustaría ver mi patria antes de volver a Hermes.

—No sé —torció el gesto Howard— cómo nos las arreglaremos para ir hasta allí. Si en una ciudad como ésta sólo hay un tren diario hacia el este, ¿cómo estarán las comunicaciones con el continente europeo?

Tatiana asintió.

—Es cierto pero creo que, no obstante, debemos intentarlo.

—Muy bien, haremos lo que podamos. Mientras tanto, ¿por qué no buscamos un hotel donde alojarnos y comer algo?

—Ahí enfrente veo un bar. Vamos a entrar y preguntaremos, mientras desayunamos —sugirió la muchacha.

Howard accedió. Franquearon la puerta del bar, bastante sucio y cochambroso, y se acercaron al mostrador. Media docena de individuos les miraron con curiosidad. El joven reparó en sus ropas, viejas y mal cuidadas y en su desastrado aspecto personal. ¿Qué guerra había sido aquélla que tan profundamente había cambiado a las gentes de su país?

El «barman» los miró con renuente gesto. Iban, para su gusto, demasiado bien vestidos. Gente del mercado negro, sin duda, pensó. Pero así podría sacarles un buen puñado de dólares. ¿Quién, sino ellos, podía disponer de todo el dinero que quisieran?

—Los señores dirán.

—Una taza de café y un buñuelo para cada uno.

—Al momento —contestó el «barman».

El buñuelo resultó de goma o poco menos y el café era ligeramente superior al que les había servido aquella mujer. Pero tenían apetito y los despacharon rápidamente.

Al concluir, Howard pregunto por un buen hotel.

—Vayan al "Normand". Es el mejor de todos… si es que después de la guerra ha quedado alguno bueno —respondió el «barman» con acidez—. La cuenta son quinientos dólares.

—¡Quinientos dólares! —el joven se estremeció.

Indudablemente, aquella extraña conflagración de la que no hacía otra cosa sino oír comentarios desagradables acerca de ella y de sus consecuencias, había causado una profunda revolución en el sistema económico del país. El valor del dólar había descendido verticalmente, si se juzgaba por los precios que les cobraban por sus consumiciones.

No sin cierta melancolía entregó todo su capital. Al hacerlo, le pareció menos incomprensible la actitud de la mujer al pagarles tanto por unos trabajos relativamente tan sencillos.

—Está bien —dijo, fingiendo no hacer caso de la mueca de desprecio que aparecía en el rostro del «barman» al ver que le entregaba el pago justo, sin ninguna propina—. Vámonos, Tatiana.

La muchacha se puso en pie. Entonces lanzó un agudísimo alarido.

Howard se alarmó. Tatiana estaba rígida, terriblemente pálida, con el brazo tenso, señalando hacia un punto de la pared

—¡Mira, Ho, mira! —gritaba ella una y otra vez.

El joven buscó con la vista el punto que le señalaba la muchacha. A su vez, se puso a temblar convulsivamente.

¡Ahora lo comprendía todo! Ahora comprendía la guerra feroz que se había desarrollado durante su ausencia. Comprendía también por qué el padre del conductor del camión que les había transportado hasta allí había luchado en el Pacífico, en tanto que su hijo lo había hecho en los Pirineos. Comprendió también la increíble devaluación de la moneda y las casas en ruinas y las carreteras desiertas y con grietas y hierbas naciendo entre ellas y…

Comprendió, finalmente, la enigmática actitud de Andro. «La

decisión de establecer relaciones entre los dos planetas os queda encomendada a vosotros —había dicho su amigo con éstas o parecidas palabras—. Espero que volváis a Hermion y calléis nuestra existencia...»

Por eso se habían hecho tantas modificaciones en el cohete. Andro sabía lo que había sucedido en el planeta y sabía que, en vista de ello, ni Howard ni Tatiana consentirían en llevar su belicosa civilización hasta un planeta que vivía en completa paz, pese al aislado incidente del que habían sido involuntarios protagonistas. Y por lo mismo les había suministrado el carburante necesario para que volviesen a Hermes, porque estaba seguro de que lo harían, una vez visto el panorama terrestre.

Pero aun había un motivo más poderoso para callar. Y este motivo era el calendario que Tatiana señalaba casi histéricamente con la mano y que estaba situado en uno de los ángulos del bar.

—Mira, Howard, mira la fecha.

El joven creyó estar soñando. Pero no, no era posible: todo concordaba.

La fecha que marcaba el calendario era la siguiente:

“¡12 de septiembre de 1985!”

Hermes tardaba veintiún años en volver al perigeo terrestre y ese espacio de tiempo se reducía veintiuna veces al permanecer en aquel planeta. Por lo tanto, el año que los dos jóvenes habían permanecido en Hermes representaba veintiuno de los terrestres; y era en este lapso de tiempo donde habían sucedido tantas y tan sensacionales modificaciones en la Tierra.

Pero Howard no pudo pensar más. Sin un solo gemido, Tatiana se había desmayado.

Cuando la muchacha despertó, lo primero que vio fue un rostro amable que no era el de Howard, sino el de un hombre de mediana edad y aspecto simpático. Howard estaba al otro lado del lecho.

—No ha sido nada, caballero —dijo el médico—. Un simple choque emocional; eso es todo. Veinticuatro horas de cama y estará como nueva.

El médico dio unas palmaditas en el hombro de Howard y salió de la estancia. Entonces el joven se sentó en el borde del lecho y oprimió cariñosamente las manos de la muchacha.

Se miraron largamente durante unos momentos; después se

abrazaron estrechamente.

—Andro lo sabía —dijo ella en voz baja.

—Sí —concordó Howard.

—Por eso dejó la decisión final en nuestras manos, Ho.

—Ya no me reconocerá nadie al cabo de veinte años —murmuró él, desviando ligeramente la conversación—. Después de todo lo sucedido, ¿alguien se acuerda de la "Around the Moon" y de la astronáutica? Por eso no contestaban a nuestras llamadas.

Callaron unos momentos.

—No —dijo ella al cabo.

—Sí, querida.

—Si permanecemos aquí, ¿envejeceremos de golpe esos veintiún años?

Él rió suavemente.

—¿Te preocupan las patas de gallo?

—No, no es eso... —Tatiana se incorporó súbitamente en el lecho, mirándole con ojos afiebrados—. No, volvemos a Hermes. Éste no es mundo para nosotros. Estaríamos siempre descentrados, viviendo mal, sin esperanzas ni porvenir... Allí nos esperan, Ho, nos esperan.

—Confiaba en que fueses tú la que se resolviese a actuar así, querida. En cuanto vi lo que sucedía en la Tierra, me hice la intención de volverme a Hermes... siempre que tú accedieses a ello, porque has de saber que no te abandonaría por nada del mundo.

La muchacha quería arrojarse del lecho.

—Aguardemos a que se haga de noche —sonrió Howard con no fingido humorismo—. No tenemos dinero para pagar la cuenta del hotel.

A la noche se descolgaron por una ventana y, como dos ladrones, huyeron de allí en dirección al lugar donde habían aterrizado.

* * *

Fue una marcha frenética, sin descanso, que les hizo llegar agotados y exhaustos al pie del cohete. Treparon a duras penas por la escalera y, tras cerrar la compuerta, se instalaron en los sillones anti-G.

Antes de oprimir la palanca de gases, Howard estrechó con fuerza la mano de la muchacha.

—Di adiós a la Tierra, querida. Ya no volveremos más a verla.

—No me importa, Ho. Mi Tierra será donde tú estés y mi mundo será el tuyo, porque no te dejaré jamás hasta la muerte.

—Ni yo tampoco a ti, amor mío. Amén —dijo Howard, y empujó la palanca a fondo.

* * *

Media hora más tarde, ya muy altos en el espacio, Howard conectó el transmisor y empezó a llamar.

El amable rostro de Andro tardó algo en surgir en la pantalla. Cuando lo hizo, Howard pudo verle inmensamente satisfecho.

—Vamos a vosotros —dijo el joven.

—Venid —contestó Andro sencillamente—; os esperábamos.

La cola del cohete emitió un fulgurante chispazo que duró unos segundos; luego el resplandor desapareció, dejando paso a la eterna noche del espacio.

Para Howard y Tatiana era, sin embargo, el amanecer de un eterno día.

FIN

[1] Auténtico.